

RECENSIONES

B. Andreae (ed.) y K. Anger (Fotos), *Bildkatalog der Skulpturen des Vatikanischen Museums Band 1, Museo Chiaramonti*. Deutsches Archäologisches Institut, Berlin, y Walter de Gruyter, Berlin-New York, 1995. Tres volúmenes con 1.106 láminas fotográficas, XIII (vol.1) y 146* (vol.3) pp. ISBN: 3-11-013899-9.

Desde que en 1798 Napoleón ordenase el envío de las 62 esculturas más valiosas y famosas del Vaticano a París, el Papa Pío VII *alias* L. B. Chiaramonti conseguía reunir en el Vaticano y en sólo tres años una nueva colección de antigüedades, llamada por su apellido *Museo Chiaramonti*. Desde 1808 se publicaron varios catálogos, algunos con grandes grabados, de las 1048 esculturas depositadas en este museo. Todavía hoy estas esculturas cubren en filas apretadas las paredes de una galería que transcurre 120 metros. El último catálogo, escrito por Walter Amelung y publicado en 1903 por el Instituto Arqueológico Alemán, contenía por motivos económicos sólo 58 láminas fotográficas, cada una con una vista general de una sección de esculturas. A pesar de la descripción detallada de cada escultura por Amelung debemos considerar que gran parte de la colección está todavía inédita por falta de fotografías detalladas.

Con la publicación del *Bildkatalog*, por fin, se ha llegado a rellenar esta laguna. Los tres volúmenes cuentan con 1.106 láminas fotográficas conteniendo entre tres y cuatro mil fotografías (!). En general se reproduce cada pieza por sus cuatro lados. Sólo falta la parte trasera de algunas esculturas grandes que por su peso quedaron sujetas a la pared; en cambio, las cabezas de éstas aparecen en láminas separadas. Las fotos tienen muy buena calidad, que sorprende todavía más si consideramos su elevado número; aunque a veces el objeto aparece algo sobreexposto y poco contrastado. La composición es muy acertada y el espacio de cada lámina está bien utilizado. A veces, cuando las esculturas tienen un formato alargado, su reproducción resulta demasiado pequeña para poder juzgar detalles de su factura (cf. las láms. 13, 188, 200, 236, 692, 784-91, 1042, 1044, 1082). Otras veces, más generosamente, se ha reproducido al menos la vista frontal en gran tamaño (cf. las láms. 592-93, 597-98, 740-41). También son abundantes las fotos de detalles (cf. p. ej. las láms. 100-01, 324-26, 335-37, 533, 642-43, 645, 651, 672-73, 1017-18), incluso de los añadidos modernos (láms. 491, 493, 1025). Afortunadamente, todas las fotos de una escultura aparecen agrupadas y no separadas, como todavía se evidencia en algunas publicaciones, que utilizan al máximo el sitio disponible de las láminas. En la obra que reseñamos sólo las cabezas antiguas, que originalmente no pertenecen al resto de la estatua y fueron añadidas en tiempos modernos, aparecen reproducidas en otro contexto según su datación o temática, algo que está convenientemente indicado en la leyenda.

Las esculturas, que en el *Museo Chiaramonti* están colocadas según criterios decorativos, han sido reordenadas tras el laborioso esfuerzo de los numerosos colaboradores del nuevo catálogo con un nuevo orden que respeta la fecha y la clase de monumento. Su propósito primordial ha sido la ordenación según épocas, es decir: obras helenísticas, tardorrepublicanas y augusteas, de época tiberiana hasta la trajanea, de época adrianea hasta la antoniniana y finalmente de época severiana al Bajo Imperio. Dentro de esta agrupación por épocas se precisa la disposición de las distintas clases de

monumentos, es decir: retratos, escultura clásica e ideal, decoración arquitectónica, basas y altares. Sin embargo, ya la tabla de materias de la pág. XIII demuestra que este arreglo es engañoso, porque no está tratado con rigor: mientras que algunas épocas como la época republicana tardía y clases de monumentos como los retratos del período imperial temprano están subdivididos en fases distintas, toda la escultura clásica, las basas, altares y ornamentos arquitectónicos del siglo primero d.C. (desde época tiberiana hasta la trajanea) se quedan sin subdivisiones ulteriores. También los retratos de griegos famosos, ejecutados en época romana, los relieves, los sarcófagos y las urnas de época imperial no tienen subdivisiones siendo, como fueron, trabajados bajo distintos imperadores romanos. Por esa razón no se pueden agrupar con otras clases de monumentos ejecutados durante el mismo período. A mi juicio, una agrupación de todas las categorías de monumentos, cada una en un bloque, hubiera mejorado la ordenación del libro. El lector que busca paralelos para su investigación siempre agradece un orden, que primero considerara la clase de monumentos, y sólo después su época, porque así todos los retratos o todas las esculturas arquitectónicas quedan agrupadas. Sin embargo, tal y como están dispuestas deben buscarse por su datación en distintos apartados. Además es bien sabido que el criterio cronológico tiene, en general, el defecto de su discutibilidad. Por ejemplo, hay que corregir las láms. 519-20: de época constantiniana y no adrianea tardía; 983: galiénico y no severiano tardío; 994: severiano temprano y no galiénico; 997: severiano y no de 280 d.C.; 1062: severiano temprano y no galiénico.

Un problema aparte lo representa la escultura clásica o ideal romana. En el libro que reseñamos, está ordenada por su fecha romana, que no siempre parece acertada. Desde un criterio científico la mejor solución sería dividirla en dos grupos: A: obras maestras, es decir, obras que reproducen fielmente los modelos famosos de la escultura griega, ordenadas por la fecha del modelo griego, y B: obras eclécticas, ordenadas por el tema o nombre de la representación. Otra solución todavía más clara y más sencilla para el consultante sería ordenar las obras primero por su orden alfabético según sus nombres y sólo después por su datación. De esta forma se ha agrupado en el libro sólo los sarcófagos, primero por su temática y después por su cronología, lo cual nos parece muy acertado.

Sólo ahora, por las nuevas fotografías, se reconoce que no pocas obras del *Museo Chiaramonti* tienen un origen postantiguo; no sólo las cabezas y los brazos añadidos que mencionan las leyendas de las láminas. También evidenciamos la modernidad de las siguientes esculturas, acreditadas como antiguas: láms. 23, 128, 182 (busto), 189 (cabeza), 191, 270, 308, 497, 555, 613, 663, 697, 726, 747, 771, 779, 783 (cabeza), 793, 1059, 1061; probablemente también modernos: láms. 195, 199, 206, 269, 375, 618, 695, 744, 748.

La disposición del rótulo de las figuras es clara y sigue siempre el mismo esquema: debajo de la foto hay un número a la izquierda que repite el número de la escultura del anterior catálogo de W. Amelung (v. arriba) o —en el caso de inscripciones— este número se refiere al *Corpus Inscriptionum Latinarum* o, a veces, también a otros catálogos; la numeración de la escultura según su sitio actual en la *Galeria Chiaramonti* aparece a la derecha bajo la foto. Las leyendas de las láminas, según se prefacia (p. X) puestas «so knapp wie möglich» (tan concisas como es posible) proporcionan en su mayoría una opinión muy general y sólo en algunos casos datos exactos sobre el tipo estatuario. Como ejemplo cito solamente la

leyenda de la lámina 244: 'pequeño torso de Hermes, alto 0,54 ms, obra romana de la segunda mitad del siglo I d.C., según un modelo griego de comienzos del siglo IV a.C.'. Creemos que hubiera sido mucho más preciso referenciar directamente el tipo estatuaria, es decir: 'Hermes Ludovisi', y citar en la parte bibliográfica del tercer volumen a: A. Giuliano (ed.), *Museo Nazionale Romano, Le sculture I,5* (Roma 1983) págs. 177 ss. núm.75 (B. Palma). En cambio, en otras láminas (p. ej. 292 y 670) las leyendas llevan comentarios y anotaciones largas, que hubieran estado mejor situadas en la parte bibliográfica. Según mi parecer, también faltan generalmente argumentaciones o comentarios sobre las dataciones propuestas en las leyendas, que a veces son algo voluntaristas. Muy útil resulta, sin embargo, la indicación de las medidas escultóricas debajo de las fotos, comprobadas con el original, pues permiten constatar mejor las medidas reales de la obra ilustrada. Según el prefacio (pág. X) 'para cada pieza en la parte bibliográfica está anotada la más reciente bibliografía', una afirmación que sólo vale para aproximadamente una cuarta parte de las esculturas.

Es de alabar que muchas piezas estén provistas de anotaciones sobre su procedencia, obtenidas en los archivos vaticanos por M. A. de Angelis, P. Liveriani y A. Uncini. Las concordancias detalladas y los índices al final del tercer tomo: procedencias; colecciones, comerciantes de arte y directores de excavaciones; nombres propios nominados en las inscripciones y finalmente otras personas y cosas hacen que este catálogo sea de fácil consulta.

La obra, con sus tres tomos, nos ofrece una documentación fotográfica muy rica y completa, constituyendo un tesoro para los especialistas, motivo de agradecimiento al editor, fotógrafo y a todos los colaboradores (W. Geomini, M. G. Granino, J. Köhler, M. Kreeb, M. Mathea-Förtsch y M. Stadler). Por último debemos reflexionar, si en lugar de esta edición en forma de libro, que seguramente es más fácil de manejar, hubiera sido más conveniente una edición más barata en microfichas con vista a satisfacer el mismo objetivo. Recordamos con agrado la edición, también del Instituto Arqueológico Alemán de Roma, del archivo fotográfico del mismo Instituto, realizado en microfichas, que nos ha proporcionado buenos resultados.

Stephan F. Schröder

Instituto Arqueológico Alemán. Madrid

Stephan F. Schröder, *Katalog der antiken Skulpturen des Museo del Prado in Madrid*, Band 1: Die Porträts (mit Beiträgen von Pilar León und Houring Sourozian; Photos von Peter Witte), Verlag Philipp von Zabern, Mainz am Rhein, 1993, 310 pp. y fotos.

Stephan F. Schröder, *Museo del Prado, Catálogo de la escultura clásica*, Volumen I: los retratos, Ministerio de Cultura, Museo del Prado, Madrid, 1993, 302 pp. y fotos (traducción del anterior, de P. Diener Ojeda y P. Billaudelle). ISBN: 84-87317-26-X.

En 1993, con una distancia de algunos meses (de hecho la edición española terminó de imprimirse en enero de 1994), han visto la luz estos dos volúmenes, correspondientes a la versión original en alemán y a su traducción al castellano de la primera entrega del nuevo catálogo de las esculturas del Museo del Prado realizado por Stephan F. Schröder: ésta dedicada a los retratos, la segunda lo estará a las restantes.

Hace casi veinte años, el Profesor Antonio Blanco tuvo a bien dedicarme su *Catálogo de la escultura* del Prado, editado otros veinte años atrás, en 1957, con el siguiente autógrafa-

fo: "A mi discípulo, amigo y colega... cuando ya el Catálogo hay que rehacerlo". Esa necesidad, largamente sentida, y escuetamente expresada por quien con más autoridad podía hacerlo, es la que vemos ahora parcialmente satisfecha con la obra de Schröder, y esperemos quede redondeada en breve con la edición del segundo volumen.

No es casualidad que el autor sea un estudioso germano, vinculado al Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, institución que, bajo la dirección del Prof. Hermanfrid Schubarth, llegó a un acuerdo con el Museo del Prado para la realización del catálogo sistemático de su escultura y poner al día la catalogación hasta ahora disponible. La iniciación, con el primero de los catálogos, el también alemán E. Hübner, eximio estudioso de las antigüedades de nuestro país, con *Die antiken Bildwerke in Madrid* (Berlín, 1862). Era un buen testimonio de la proyección a las antigüedades clásicas de España de las preocupaciones de la importante escuela alemana en materia de Arqueología y Arte clásicos, asentada en una tradición que arranca en el siglo XVIII con J. J. Winckelmann, el fundador de estas disciplinas.

Es bien conocida la influencia que en A. Blanco, autor del catálogo más moderno hasta ahora, había ejercido la escuela alemana de Arqueología, con sus años de formación en Heidelberg y Bonn, junto a los Profesores R. Herbig y E. Langlotz. De Heidelberg procede el autor del nuevo catálogo, y también en Bonn completó su formación la Profesora Pilar León, discípula de Blanco y autora del interesante capítulo introductorio a aquél sobre la formación de la colección escultórica del Prado: iniciada por Felipe II, incrementada con la importante colección de la reina Cristina —adquirida por Felipe V e Isabel de Farnesio—, con las adquisiciones de Carlos III, o por la donación de Don José Nicolás de Azara de su propia colección a Carlos IV (se ubicó en Aranjuez, aunque la célebre herma de Alejandro se la regaló a Napoleón y está en el Louvre), entre las aportaciones principales.

No hace falta insistir más en la evidente relación de la escuela alemana, y en particular del Instituto Arqueológico Alemán, con esta empresa. Es cuestión de tradición, de cultivo de una disciplina, de organización con ese objetivo, tal como se comprueba en la misma sede del Instituto en Madrid, con su biblioteca, el mantenimiento de esa línea de investigación y —un aspecto nada desdeñable— la formación de un archivo fotográfico a tal efecto. Es imprescindible contar con las fotografías adecuadas, y en el marco de una espléndida tradición alemana sobre este particular, organiza el Instituto de Madrid desde su creación un magnífico archivo fotográfico —que ya usó Blanco—, con la incorporación de profesionales como el autor de las fotografías del catálogo, Peter Witte. Se requieren fotos con determinadas exigencias, con rigor documental, que —si además de calidad tienen belleza, mejor— las convierten por sí mismas en parte sustancial y determinante del catálogo.

Stephan Schröder ha acometido, en las condiciones adecuadas, una tarea ingente, y a mi juicio la ha resuelto con éxito. El catálogo es un trabajo riguroso, que ha exigido un esfuerzo extraordinario de documentación, de estudio, de valoración de muy distintas facetas concernientes a las obras catalogadas. Son ochenta y nueve piezas, analizadas en una larga ficha que, por su contenido, se convierte en todos los casos en pequeños artículos sobre cada una de ellas, con los que, además de la estricta catalogación, con la documentación y la datación correspondientes, se pretende valorarlas arqueológica, histórica, artísticamente. Alienta el trabajo un encomiable afán por hacerlas entendibles no sólo para el lector especializado, sino para todos aquéllos que quieran asomarse a esta manifestación artística. Es un afán didáctico que queda claramente manifiesto con la incorporación de unas "Notas introductorias sobre la escultura antigua de retratos", acompañadas de una sucinta bibliografía sobre la cuestión (y, por cierto, con un título de capítulo poco acertado en castellano, en un texto por lo general correcto).

El mismo afán didáctico ha conducido al autor a la inclusión de paralelos, explicativos o demostrativos, muy dosificados; hasta el punto de que en esa línea podría haberse incluido alguno más, como un Demóstenes completo, por citar un caso. Y la misma preocupación ha conducido a la inclusión de un glosario al final del texto, un complemento de gran utilidad, pero de contenido difícil de aquilatar, porque siempre podrán echarse en falta términos o conceptos que podrían haber sido incluidos, o considerar innecesarios algunos de los que están.

Son muchas las aportaciones de los estudios desgranados en el catálogo, con multitud de nuevas propuestas sobre identificación, datación o autenticación de los retratos estudiados: desconocidos que engrosan la serie de retratos de, por ejemplo, Germánico o Constantino, cambios en las identificaciones, etc. Sería imposible comentarlas todas, y me limitaré a destacar una actitud que considero muy positiva en el autor: no hacer una catalogación fría, sino comprometida, con la apuesta por nuevas lecturas y dataciones, que se suman hasta formar en conjunto una notable oferta para el diálogo científico, para la discusión de no pocos temas de interés.

Pero aún me parece más importante la incorporación, gracias al nuevo catálogo, de la escultura del Museo del Prado al tratamiento moderno de las producciones del mejor arte antiguo. La Arqueología Clásica ha venido atravesando en los últimos años (¿decenios?) una cierta crisis por muy diversas razones, entre ellas el cuestionamiento de su capacidad de sobrevivir como tal, con su propia identidad, ante el empuje de las Arqueologías más jóvenes —entre ellas la Prehistórica y la Medieval—, con sus nuevos planteamientos y métodos de trabajo. Hoy día, la Arqueología Clásica parece superar el trance mediante un remozamiento paralelo al de sus hermanas o hijas más jóvenes y, en mucho, por el aprovechamiento y la puesta a punto de lo mejor de su propia tradición. Con base en ella, mediante cuidadosos estudios de sus materiales habituales o tradicionales, entre ellos las obras de arte, propone nuevas y valiosas lecturas, teniendo en cuenta los contextos, las fuentes literarias, la valoración de su papel a la luz de modernos enfoques semióticos, de su interpretación como expresión de un lenguaje formal codificado y enormemente expresivo si se logra penetrar en sus claves.

De todo ello se hace eco nuestro catálogo sobre la base de una materia prima tan expresiva como los retratos. Sobre el tópico de su valoración como expresión de realismo o de individualismo, hoy se subrayan los valores ideológicos o simbólicos que hacen de la vejez, pongamos por caso, no un atributo personal, sino la expresión de un valor moral o colectivo (experiencia...), que, acariciado en una determinada época o lugar, conduce a retratos de “todos viejos”, y a la captación a través de ellos de tendencias generacionales de gran valor sociológico e histórico. Es lo que ocurre con la valoración de los “parecidos” en los retratos del emperador y su familia, vehículo de programas oficiales que la casa imperial ponía en circulación para garantizar la continuidad de su linaje, como se comenta a propósito de algunos retratos, como el probable Gayo César catalogado con el número 27 o de tantos otros.

En esta línea cobran particular significación las reelaboraciones, muy atendidas en los estudios modernos sobre retratos, como se pone de manifiesto en el estudio de la pieza número 38, un retrato de Domiciano sobre uno anterior de Nerón. No hace falta subrayar el interés de estas deducciones, como contundente expresión de las pulsiones ideológicas de su época, en una faceta de la indagación que da nuevo sentido a la tradicional y ridiculizada tarea de “contar rizados”, como recuerda el propio Schröder. Y lo mismo cabe decir de la recuperación de viejos modelos en retratos de antepasados, como la espléndida pieza 48, o, con otro sentido, la número 80, un retrato del siglo III que retoma un modelo bastante anterior —tardorrepublicano o de comienzos del Imperio— por complejas razones sociohistóricas.

En conjunto, el catálogo ilumina con su nueva observación una serie espléndida de retratos (dos egipcios, estudiados por H. Sourouzian, 17 griegos y 70 romanos), dignos del mayor interés, con un valor que hubiera sido mucho mayor en el caso de conocer al completo los contextos originarios. Pese a esa limitación, los retratos conservan todo su valor testimonial, aparte de que su tratamiento, las restauraciones o reelaboraciones recientes, aunque a veces merman o estorban su valoración anticuarística, les otorgan un valor de otra dimensión: el de cómo “se contemplaba” o “se completaba” el arte antiguo en los tiempos de la Ilustración o del Barroco. En esto hay casos espléndidos, como el de la pieza 49: un retrato reconstruido a partir de la base de un busto con una inscripción en griego que lo identifica como un tal Státilius, que era sacerdote; el fragmento da pie a una reconstrucción en el siglo XVI del retrato, completando como una *nebris* —una piel de venado— la pequeña parte conservada del plegado original, para darle así un atuendo apropiado a un sacerdote dionisiaco, y tomando para la cabeza el modelo de los retratos de Eurípides con algunas transformaciones, como una acusada calvicie.

Se echa en falta en el catálogo un informe técnico sobre los mármoles, la situación de las epidermis y otros complementos. Pero su objetivo está plenamente cumplido en su concepción de catálogo moderno, utilizable, entre otras cosas, como un instrumento ideal para valorar mejor, en su justa medida, la escultura del Museo del Prado, su fondo menos atendido y socialmente considerado. Su postergación en las instalaciones del Museo, repetidamente denunciada, puede resumirse en la frase con que Pilar León se suma a quienes le precedieron en el dictamen de que “nunca se les concedió protagonismo ni tuvieron otra utilidad que servir de ornato en el Museo” (p. 2). Pero sobran motivos para detenerse a contemplar creaciones extraordinarias, como el retrato de la emperatriz Sabina (n.º 53), el Adriano joven (n.º 54), el Antinoo n.º 56, el Antonino Pío n.º 58, espléndidos retratos anónimos como la dama n.º 65 —del siglo II, con un aparatoso peinado—, o el “sacerdote” n.º 84, de un extraordinario realismo, o tantos otros retratos de primerísimo nivel que merecerían ser igualmente mencionados, como el que cierra esta casi improvisada lista y el catálogo: un magnífico Constantino joven valorado por Schröder como uno de los mejores del emperador.

El catálogo, en fin, es un motivo de satisfacción científica y cultural, editado con gran dignidad editorial, que sería el primero en celebrar el más ilustre huésped del Museo del Prado, el gran Velázquez, uno de los que se ocupó de las colecciones reales por encargo de Felipe IV; fue un convencido de la importancia de la escultura clásica, y es notoria su influencia en sus prodigiosas creaciones pictóricas. Seguro que él y todos cuantos han tratado de la espléndida colección escultórica del Museo del Prado, verían complacidos que, al tiempo que se presenta a todos con el nuevo semblante del catálogo que ahora reseño, las esculturas recibieran en el Museo el tratamiento museográfico que merecen, como pretende hacer, por fin, el actual director del Prado, José M^o Luzón. Habrá que celebrar este verdadero acontecimiento, y esperemos que se vea acompañado por la edición del siguiente volumen del catálogo.

Manuel Bendala Galán
Universidad Autónoma de Madrid

Th. E. Levy (ed.), *The Archaeology of Society in the Holy Land*, London, Leister University Press, 1995. 624 pp., figs. ISBN: 2-200-21593-2.

La Historia de Israel en sus más variados aspectos es siempre interesante desde muchos puntos de vista para el

historiador, para el arqueólogo y para el estudioso de las religiones. Th. E. Levy, profesor de Antropología y de Estudios Judíos en la Universidad de California, San Diego, y conocido excavador de diferentes lugares de Israel, ha reunido un grupo numeroso de especialistas para lograr una buena síntesis de la Arqueología de la Sociedad en Tierra Santa, desde los más primitivos tiempos hasta la introducción de la moderna tecnología en el s. xx, en seis apretadas partes con 32 apartados en total. Es ante todo un estudio de la sociedad de cada época en sus diferentes aspectos. Creemos que es el estudio más serio y completo, más puesto al día, con un manejo exhaustivo de las aportaciones arqueológicas, y de las fuentes literarias, que se ha logrado hasta el momento presente. El volumen va muy bien ilustrado, y lleva numerosos mapas, dibujos y croquis, que avaloran considerablemente el contenido del texto, muchos de ellos desconocidos. Hay mucho material nuevo, generalmente muy bien seleccionado, como la diosa entronizada de Ahdod (p. 333), o el quemaperfumes de esta misma ciudad con músicos asomados a la ventana de un santuario (p. 341). Se presta especial interés a la centralización política y económica, como en el apartado 22, obra de John S. Holladay, referente a la Edad del Hierro II A-B. No queda fuera la historia de los reinos con los que se relacionó Israel, como los de Ammón, Moab y Edom, en el espacio del tiempo desde 1400 al 500 a. C., todo ilustrado con abundante material. Se han reproducido muy significativas fotos aéreas que aclaran bien el contenido, como la de Masada. Hay buenas reconstrucciones, como las de las iglesias del Santo Sepulcro de Jerusalén, de la iglesia octogonal del Monte Gezizim, o del Negev, de la sinagoga del Golán o reconstrucciones como la del Khirbat al Mafjar, utilizando los mejores planos y reconstrucciones logradas por los investigadores. La fotografía en general es buena e impresionante, como las iglesias de Santa Ana, construida en tiempos de las Cruzadas, y de Jebel Mussa en el Sinaí con el monasterio. Está bien tratada la evolución de unos períodos a otros. Una obra como ésta necesitaba la colaboración de muchos especialistas, que el editor ha reunido. Será un buen libro de síntesis y de consulta.

José M. Blázquez
Universidad Complutense

Archäologie und Geschichte, Tonio Hölscher (edit.). Verlag Archäologie und Geschichte, Heidelberg.

La Facultad de Ciencias de la Antigüedad y Orientalística de la Ruprecht-Karl-Universität inició en 1988 la publicación de monografías sobre temas de religión romana bajo la dirección del Profesor Tonio Hölscher, pero ha sido a partir de 1993 cuando se han acumulado sus publicaciones. El Instituto Arqueológico Alemán y la Boeringer Stiftung de Ingelheim patrocinan la serie, colaborando a la buena calidad de impresión y encuadernación que la caracteriza.

Las monografías publicadas son por ahora tesis doctorales, defendidas en la Universidad de Heidelberg y en su mayoría dirigidas por el Profesor Tonio Hölscher. El listado completo hasta hoy es el siguiente:

1.—Caterina Maderna, *Iuppiter, Diomedes und Merkur als Vorbilder für römische Bildnisstatuen. Untersuchungen zum römischen statuarischen Idealporträt*, Heidelberg 1988¹.

2.—Ellen Schraudolph, *Römische Götterweihungen mit Reliefschmuck aus Italien. Altäre, Basen und Reliefs*, Heidelberg 1993, 270 pp. y 55 láms. ISBN: 3-9801863-1-8.

3.—Katja Lembke, *Das Iseum Campense in Rom. Studie über den Isiskult unter Domitian*, Heidelberg 1994, 271 pp. 48 láms. ISBN: 3-9801863-2-6.

4.—Lorenz Winkler, *Salus. Vom Staatskult zur politischen Idee*, cf. infra.

5.—Stefan Ritter, *Hercules in der römischen Kunst von den Anfänge bis Augustus*, Heidelberg 1995, 248 pp., 16 láms. ISBN: 3-9801863-2-4.

6.—Ulla Kreilinger, *Römische Bronzeappliken. Historische Reliefs im Kleinformat*, Heidelberg 1996, 224 pp., 56 láms. ISBN: 3-9801863-7-7.

Lorenz Winkler, *Salus. Vom Staatskult zur politischen Idee*, Heidelberg Verlag Archäologie und Geschichte, Band 4, 1995, 248 pp. y 16 láminas. ISBN-3-9801863-3-4.

De nuevo, y pocos años después de la monografía de M.A. Marwood, *The Roman cult of Salus*, BAR 1988, se aborda el difícil tema de una divinidad alegórica. Marwood basaba su trabajo fundamentalmente en los textos epigráficos y monetales, relegando el estudio propiamente arqueológico de estos y otros materiales; Winkler hace lo contrario, obvia el estudio epigráfico directo, aunque discute naturalmente las opiniones de Marwood; seguimos sin un estudio que aborde globalmente todos los testimonios. Es cierto que los epígrafes son innumerables y muy dispersos, pero es indudable que si el A. ha elegido básicamente el material estatal -moneda y escultura mayor- como apoyo de su argumentación, relegando el culto privado que tan extenso es, debería abordar conjuntamente la epigrafía pública contemporánea. Es de alabar, sin embargo, el que los materiales arqueológicos estén minuciosamente estudiados desde el punto de vista histórico, especialmente las monedas que se convierten en un elemento político-ideológico de primera categoría en sus manos.

El A. presenta el trabajo en un claro y nítido orden cronológico que viene a apoyar su conclusión de que Salus es una divinidad estatal y su iconografía depende siempre de los objetivos políticos de cada momento y reinado, y por lo tanto su evolución es lineal, conclusión que apoya con algunos ejemplos verdaderamente interesantes por lo paradigmáticos que pueden resultar para otras iconografías divinas: cf. las Minervas o las Victorias llamadas en las acuñaciones SALVS en el año 69, en el que sólo la intervención militar de Galba podía proporcionar salud al Estado, una ideología que hoy nos es conocida e interpretamos con claridad, pero para la Antigüedad si no tuviéramos la leyenda no habríamos identificado guerra con salud. Es importante confirmar que bajo una misma iconografía pueden existir contenidos muy diferentes, y éste es un claro mensaje para quienes trabajamos a veces sólo con imágenes.

El A. aborda el estudio desde el primer testimonio del culto a Salus, en la guerra samnita con el voto en el -311 de la construcción de un templo que se iniciará en el -306, hasta las advocaciones del s. III d.C. Especialmente tratados son los reinados de Tiberio en que se consolida el culto imperial y SALVS se convierte en AVGVSTA (pp. 46-51) y Galba (pp. 79-90) en que la divinidad es enarbolada como justificación y propaganda de la rebelión; en ambos períodos Hispania juega un papel muy importante que desgraciadamente el A. no ha sabido apreciar. Por ejemplo, no es con Domiciano la primera vez que SALVS es efigiada con espigas como conjunción de Salus, Ceres y Annona como dice el A. (pp. 86-88), lo había sido cincuenta años antes en Emérita en la persona de Livia, cuyo retrato, del mejor gusto romano contemporáneo, es rodeado por la leyenda SALVS AVGVSTA en anv. y en el rev. se explica el contenido cultural de la imagen del anv.: la misma Livia entronizada con cetro, espigas y leyenda

¹ La biblioteca no tiene el libro y no podemos dar detalles bibliográficos.

IULIA AUGUSTA². De la representación imperial divina a la propia divinidad no hay más que un paso. La política del culto imperial de Tiberio conlleva la adjudicación a Livia, especialmente en Hispania y en el N. de África, de prerrogativas de las divinidades locales, acelerando el culto imperial, pero a la vez estatalizando los cultos indígenas que pasan de los niveles privados al público. Posiblemente sean estas favorables circunstancias las que provocan en Emérita un culto a Livia, constatado como oficial ya en época de Tiberio por un sacerdote de Livia (A.E., 1915, 95), culto muy temprano respecto a Roma y el resto del imperio donde su divinización oficial no tendrá lugar sino con Claudio. Comento estos datos porque el A. dedica un capítulo a la influencia o relación del culto de Hygieia con Salus, pero no comenta los documentos oficiales de Salus en las provincias occidentales, que, en casos, influyeron y propagaron nuevos conceptos de la divinidad en la propia Roma. También importante por la trascendencia cronológica que tiene, tanto desde el punto de vista histórico como específicamente numismático, es la invalidación (pp. 46-54) que el A. hace de la tesis de W. Gross (*Iulia Augusta. Untersuchungen zur Grundlegung einer Livia-Ikonographie*, Göttingen 1962, pp.18-20), unánimemente aceptada hasta hoy, por la que los dupondios tiberianos con *Salus Augusta* (RIC I², 97, n° 47) debieron emitirse como *vota* en la enfermedad de Livia del 22 (Tac. *Ann.* 3,64,1). El A. opina que de existir habrían sido *vota pro valetudine* y no *pro salute*. También motivo de discusión son las identificaciones de los retratos de Livia en esas y otras emisiones que trascienden el tema de Salus. Éstos son algunos ejemplos de la discusión minuciosa contenida en el trabajo, al que habrá que añadir en un futuro no lejano un estudio del culto privado de Salus y su interdependencia con el estatal, pues, como el A. recoge: la salud privada depende de la del Estado (Tucídides, 2,60,2).

M^a Paz García-Bellido
C.E.H. (CSIC)

Katja Lembke, *Das Iseum Campense in Rom. Studie über den Isiskult unter Domitian*, Archäologie und Geschichte 3, Heidelberg, Verlag Archäologie und Geschichte, 1994, 271 pp., 48 láms. ISBN: 3-9801863-2-6.

La serie de Arqueología e Historia se enriquece con esta tercera entrega en la que se publica la tesis doctoral de K. Lembke sobre el templo de Isis en el Campo de Marte.

El extraordinario trabajo de recopilación documental se observa en el catálogo que cierra el libro, compuesto por las fuentes literarias, las inscripciones, la numismática y cuantos otros restos arqueológicos o informativos resultan relevantes para el estudio, facilitado —sin duda— por las investigaciones de otros especialistas, entre los que es preciso destacar a M. Malaise.

La obra tiene entre sus objetivos determinar la cronología del santuario, integrando la mayor cantidad posible de restos arquitectónicos, así como la información procedente de otras fuentes. Y puesto que la época de Domiciano parece haber sido el momento de esplendor del iseo, se presta una especial

atención a su política religiosa para ofrecer una explicación acerca del interés imperial por este culto. En efecto, Domiciano reconstruye el templo de los dioses egipcios tras su incendio en el año 80. No hay restos del santuario anterior, erigido, quizá, por Calígula tras la destrucción en 19 d. C., por Tiberio, del que se había construido probablemente en época tardorrepública (pp. 65-73). Desde el punto de vista arqueológico no se aprecian obras de restauración tras la época de los Severos y a partir del s. IV comienza la demolición, cuyo límite final no supera las invasiones del s. V.

Entre las pp. 18 y 64 se realiza un ensayo de reconstrucción de los diferentes espacios que configuraban el conjunto arquitectónico, así como los elementos ornamentales que proporcionaban una fisonomía egipizante al entorno. Sin duda, la riqueza de materiales permite insinuar que el iseo campense pudo ser, sensorialmente hablando, más exótico que otros santuarios dedicados a los cultos egipcios, como por ejemplo los serapeos de Ostia o de Ampurias. En cualquier caso, la autora postula —a partir de la información literaria— que los dos templos, consagrados a Isis y a Serapis, se situarían cerrando el extremo norte del espacio sacro, mientras que la cara sur estaría ocupada por una enorme exedra, ricamente decorada. Entre ambos extremos se situarían estatuas, relieves, obeliscos y otros elementos culturales y alegóricos, en parte importados, que contribuían a lograr el ambiente egipizante deseado.

A tales objetos dedica la autora un detallado análisis formal y sistematización que puede ser de utilidad para quienes estudian materiales egipcios o egipizantes en otros ámbitos (33-50).

El estudio sobre las posibles analogías del iseo campense con otros santuarios de divinidades nilóticas (50-58) refleja que no existen relaciones estructurales determinantes, por más que se encuentren coincidencias formales o decorativas, como los *naiskoi*, los leones ante los pilonos y la combinación de estatuas egipcias y helenísticas. Tampoco las concomitancias con otros santuarios itálicos dedicados a las divinidades nilóticas aparentan ser más acusadas, ni siquiera como consecuencia de las necesidades rituales, entre las que el uso del agua ha sido ampliamente destacado. En consecuencia, la autora afirma que el iseo campense no sigue ningún esquema arquitectónico convencional, sino que —en todo caso— se observa el influjo de la tradición romana de la «arquitectura del ocio» sobre este complejo isíaco romano (63).

El sexto capítulo (84-103) analiza las relaciones del poder político con la expansión del isismo: no resulta novedosa la explicación de la introducción del culto, aunque es interesante la disputa surgida por la aparente contradicción augustea al mantener el culto de la diosa egipcia al lado de la recuperación de los postulados tradicionales del *mos maiorum*. Sorprende que al insinuar un papel político en los *collegia* no mencione, por una parte, el aval de los *graffiti* pompeyanos y, por otra, el trabajo de F. Dunand en *Religions, pouvoirs, rapports sociaux. Annales littéraires de l'Université de Besançon*, 32, 1980, 71 ss. Además, la autora se limita a anotar acontecimientos conocidos, pero no entra en el análisis histórico, para el que remite a otros autores (numerosos ejemplos en las pp. 89 y ss.). Y a pesar de la brevedad del capítulo, da la impresión de que la autora vincula de forma excesivamente mecánica la expansión del culto con la simpatía que cada emperador profesaba a los dioses nilóticos. Sin duda, las monedas reflejan una parte de las intenciones propagandísticas, pero no se puede inferir de una determinada amonedación un mayor fervor entre los habitantes del Imperio. Se ha recordado reiteradamente cómo lo que ocurría en Roma no repercutía mecánicamente en otros lugares, de modo que la persecución tiberiana no afecta en absoluto al isismo en Campania. Para sostener criterios de implantación y difusión es preciso emplear la documentación más pertinente para el caso, la epigrafía, como han hecho R. Schilling, M. Clauss o F. Mora, aunque la información que proporciona no sea siempre determinante y varíe de unos lugares

² Vives, lám.145,5; O. Gil Farrés, «La ceca de la colonia Augusta Emerita», *AEspA* 1946, p. 234, n° 132-134; Ripollès en RPC 39 no describe las espigas, muy claras en las fotografías de Gil Farrés y en piezas del IVDJ. Para la relación con Salus, cf. M. P. García-Bellido, «El *lucus Feroniae* y el bosque de Ataecina», II Coloquio Internacional de Epigrafía: *Divinidades indígenas e interpretatio Romana*, Sintra, marzo 1995, e.p.

res a otros. En este sentido, resulta llamativa la insistencia, en las pp. 115-116, con la que la autora postula el carácter esencialmente femenino del isismo tardorrepblicano y de comienzos del Imperio: la visión está mediatizada por las fuentes literarias, pues los elegíacos cantan a sus amadas, único objeto de información y si, por otra parte, la Paulina de Flavio Josefo es isíaca, isíaco es el corrupto sacerdote que favorece a Decio Mundo. Por tanto, no se puede ir muy lejos con esos materiales que proporcionan sólo una imagen parcial de la realidad, que sólo se enriquece al combinarla con otras series informativas, como las inscripciones (125 ss.).

El último capítulo de análisis está dedicado al problema del verdadero carácter del isismo romano, como culto egipcio o renovado. Atiende, para lograr su objetivo, al contenido de las aretologías, la información de los autores antiguos, las inscripciones y los restos arquitectónicos. Sólo la iconografía, en opinión de la autora, es novedosa con respecto a lo que sabemos del culto en su lugar de origen, e incluso sostiene que la información literaria permite aseverar que el culto celebrado en Roma o Corinto seguía las pautas egipcias. Constituye una visión interesante el juego de *interpretaciones* que afecta a la propia constitución del culto en Egipto antes de su difusión y su transformación al ser asimilado por griegos o romanos que, respetando la tradición, provocaron escasas innovaciones, sobre todo influidas por los misterios de Deméter (p. 132).

En este sentido, el espacio sacro dedicado al culto de Isis en el Campo de Marte reproduce esa tensión entre lo innovador y lo tradicional, entendido como respetuoso con las prácticas cultuales originales de Egipto. Entre el exotismo de los productos importados o egipizantes, los habitantes de Roma encontraban un espacio para el recreo o la espiritualidad que constituía una atractiva llamada para la aproximación religiosa.

El libro de Lembke contribuye, por tanto, de forma excepcional a la observación integrada de cuantos elementos permiten reconstruir el recinto en el que desarrollaron sus actividades los seguidores del culto de Isis en Roma.

Jaime Alvar
Universidad de Huelva

H. Eschebach - L. Eschebach (mit Beiträgen von Erika Eschebach und Jürgen Müller-Trollius), *Pompeji vom 7. Jahrhundert v. Chr. bis 79 n. Chr.*, Köln, Böhlau Verlag Köln Weimar Wien, 1995 (Arbeiten zur Archäologie), XIV + 213 pp., 65 figs., 74 láms., 2 planos. ISBN: 3-412-11594-0.

Este es el segundo libro dedicado a la evolución urbanística de Pompeya que publica la editorial alemana Böhlau en su serie sobre Arqueología. Ambos están estrechamente relacionados, pues el primero es un avance de la obra que ahora presentamos: se trata del libro de L. Eschebach y Jürgen Müller-Trollius (a partir de textos de H. Eschebach), *Gebäudeverzeichnis und Stadtplan der antiken Stadt Pompeji* (1993; ISBN: 3-412-03791-5), publicado gracias a la intervención del Instituto Arqueológico Alemán de Berlín.

Puede decirse que ambas obras, póstumas, son fruto de una larga vida dedicada al estudio del desarrollo urbano de Pompeya. En efecto, la relación de Hans Eschebach con este tema se remonta a 1937, cuando, siendo asistente de H. Sulze, realizó el levantamiento de las Termas Estabianas (*Die Stabianer Thermen in Pompeji*, 1979, en colaboración con K. Bittels, publicación de los trabajos llevados a cabo por el

equipo de Sulze). Posteriormente su Tesis Doctoral, defendida en 1942, versó sobre el urbanismo de la Pompeya prerromana; fue publicada en 1970 con el título *Die städtebauliche Entwicklung des antiken Pompeji*. Además de numerosos artículos y ponencias en congresos y reuniones científicas, cabe destacar la obra *Pompeji. Erlebe antike Welt* (1984).

Hans Eschebach murió el 10 de abril de 1982; desde 1978 trabajaba en los planos, dibujos y textos de la obra que comentamos, que fue terminada por su mujer y colaboradora, Liselotte, con la ayuda de su hija Erika Eschebach y del Dr. Jürgen Müller-Trollius.

El libro, magníficamente ilustrado con dibujos, fotografías y, sobre todo, planos, analiza siete siglos de la historia del desarrollo urbanístico de Pompeya, desde sus inicios (fines del s. VII a.C.) hasta la desaparición de la ciudad a consecuencia de la erupción del Vesubio en 79 d.C. El principal interés de la exposición radica en la voluntad de los autores de interrelacionar diversos factores para explicar el fenómeno del crecimiento de una ciudad: los condicionantes topográficos del entorno y el impacto de los fenómenos naturales en el área vesubiana (terremotos, erupciones); la incidencia del crecimiento demográfico; el proceso de formación de la ciudad nueva (fase III y sobre todo IIIC, tras la colonización romana) a partir del entramado de estructuras urbanas conectadas entre sí: red viaria y circulación, canalizaciones, edificios y espacios públicos, construcciones privadas, el puerto, etc. (capítulo III).

El urbanismo de Pompeya se analiza con detalle en el capítulo II. Los autores distinguen tres fases:

I. Asentamiento disperso osco y *oppidum* (fines s. VII a.C.).

II. Ciudad antigua y murallas en torno al Forum Tringulare (2.ª mitad s. VI).

III. Expansión de la ciudad hacia el N. y el E. y ciudad nueva:

IIIA presamnita y altosamnita (s. V).

IIIB samnita (s. IV-III a.C.).

IIIC republicana-altoimperial (desde fines s. II a.C.).

En un epílogo o capítulo de «reflexión final» se hace una muy breve y necesariamente sintética historia de las excavaciones desde que en 1594 Pompeya saliera del olvido gracias a un proyecto de canalización del arquitecto Domenico Fontana. Pero hay que destacar un discurso novedoso sobre los cambios en las motivaciones de los arqueólogos a lo largo del tiempo: el mero interés inicial por los hallazgos importantes característico de las excavaciones del s. XVIII, centradas en las grandes villas suburbanas; más tarde los trabajos sobre las murallas y puertas de la ciudad en el XIX; las grandes campañas de Maiuri después de la Segunda Guerra Mundial; las últimas investigaciones topográficas y, finalmente, la valiosa ayuda de la informática, aprovechada desde la década de los 80 por arqueólogos, historiadores del arte, epigrafistas, numismatas y sociólogos para crear una red de información cruzada sobre descubrimientos, lugares de hallazgo, fuentes literarias y estratigrafías a partir de la cual pueda construirse una cartografía pompeyana compleja y completa que arroje luz sobre los problemas de la historia de la ciudad.

Aun cuando los autores reconocen que resulta imposible realizar un estudio definitivo de la urbanística de Pompeya en tanto no se ponga al descubierto la última parte de la ciudad antigua y de su territorio, no deja de ser ésta una obra fundamental por cuanto, tal como se hace constar a modo de conclusión, en ella se reúnen datos e hipótesis con el fin de someterlos a la discusión científica.

Gloria Mora
C.E.H., C.S.I.C.

L. Jacobelli, *Le pitture erotiche delle Terme Suburbane di Pompei*, Roma, L'Erma di Bretschneider (Soprintendenza Archeologica di Pompei, monografía 10). 1995, 132 pp., 73 figs., IX láms. ISBN: 88-7062-880-9.

A pesar del título que presenta, la obra que reseñamos no trata exclusivamente las pinturas eróticas del *apodyterium* de las termas, sino que aborda el tema en el contexto de las escenas del género halladas en Pompeya, buscando también paralelos en otros restos arqueológicos. Por otro lado analiza las obras literarias de carácter erótico, fuente de este tipo de pintura en el mundo romano.

La obra está articulada en cuatro capítulos escritos por L. Jacobelli, a los que se añaden tres apéndices de distintos autores que analizan elementos parciales del monumento:

— I. S. Mols, «L'arredo dell' *apodyterium*» El autor argumenta la posibilidad de la existencia de estanterías ligneeas provistas de cajas para depositar los objetos personales, siguiendo las huellas halladas en paredes y pavimento.

— II. G. Soricelli, «Il piano superiore delle Terme Suburbane». Se puede interpretar como apartamentos de alquiler, ya constatados en los otros establecimientos termales pompeyanos.

— III. P. Sambroia, «Note sulla diagnosi e l'individuazione dell'idrocele dall'età antica all'età moderna». Descripción de algunas recetas para tratar esta afección benigna, considerada grotesca por los antiguos, a tenor de las representaciones.

En el primer capítulo se describe brevemente el establecimiento termal, excavado entre 1985-1988. De sucesión lineal, se fecha en los primeros años del s. I, con remodelaciones posteriores; es el primer complejo pompeyano sin distinción de sexos y presenta algunas innovaciones arquitectónicas y tecnológicas inspiradas en las grandes termas del área flegrea.

El siguiente capítulo está dedicado a la descripción y análisis de las pinturas del *apodyterium*. Las escenas eróticas se situaban en la parte superior de las paredes meridional y oriental, conservándose completa únicamente aquella de la meridional, en la que se observan ocho escenas con distintas actitudes sexuales, que se sitúan en pequeños cuadros dispuestos sobre la representación de cajas numeradas que, a su vez, apoyan en una especie de ménsula, copia de la *tabella* analizada en el apéndice I.

En las cinco primeras escenas se observan diferentes tipos de relaciones heterosexuales, con el siguiente orden, *Venus pendula*, *coitus a tergo*, *fellatio*, *cunnilingus* y *symplegma*; algunas de ellas inusuales, no sólo en la pintura romana, sino también en otras representaciones del género. En los dos cuadros siguientes se representan tríos y cuartetos eróticos, mientras que en el octavo se puede contemplar a un posible poeta, quizás de obras eróticas, afectado de hidrocele, enfermedad que cuenta con muchas representaciones en el mundo romano, realizadas siempre con fines humorísticos.

Si la identificación de las escenas no ha supuesto grandes problemas, los elementos rectangulares situados bajo ellas han sufrido diversas interpretaciones y así en un primer momento se consideraron celdas del lupanar vistas desde lo alto, de forma que las escenas eróticas representaban lo que sucedía en su interior. El reciente y sugerente estudio las identifica con cajas para guardar la indumentaria de los bañistas, copia de los recipientes ligneeos reales que estarían numerados de la misma forma que en la pintura para facilitar su colocación.

Parece evidente que existe una correspondencia entre números y escenas eróticas que induce a suponer una relación entre ellos y así los números pueden catalogar los varios tipos de posiciones que se practicaban en el juego amoroso, componiendo una especie de esquema conocido e inspirado

en manuales eróticos de origen griego, en los que las distintas posiciones sexuales se enumeraban y describían con detalle e incluso podían estar ilustradas. Siguiendo esta ingeniosa interpretación, los números dispuestos sobre las cajas tendrían la doble función de enumerar los contenedores y las escenas, en una especie de relación lúdica según la cual a cada caja numerada correspondía una escena, también numerada.

El final del capítulo se dedica a los posibles motivos de la cancelación de las pinturas eróticas; la hipótesis más plausible parece un cambio de propietarios del establecimiento termal, que tendrían un gusto más sobrio que quizás fuese el reflejo de una inversión de tendencias respecto al clima particularmente liberal de los años precedentes.

El capítulo tercero nos introduce directamente también en una temática esencial para el estudio de la pintura romana, como es la relación entre iconografía y el destino de las pinturas. Tradicionalmente se ha afirmado que las imágenes eróticas se hallaban en lupanares y dormitorios de casas privadas, pero la presencia de cuadros eróticos en distintos lugares de las casas romanas está bien atestiguada tanto desde el punto de vista arqueológico como literario; por lo tanto estos cuadros situados en las termas no son un hecho excepcional y puede explicarse con la ayuda de las fuentes escritas que aluden a un clima de liberalidad sexual entre los clientes de las termas, atmósfera a la que habrían contribuido los baños comunes para ambos sexos, constatados en el área campana durante el s. I d.C.

En definitiva el espléndido análisis de las pinturas, acompañado de magníficas ilustraciones, es un punto de partida para estudiar las diferentes posibilidades de interpretación del arte erótico romano y obligan a reconsiderar la cuestión de su significado. Por lo tanto, la obra no debe considerarse un estudio iconográfico de las pinturas y de otros restos arqueológicos con escenas del género, con los que se ilustra y completa, sino que nos sumerge directamente en la mentalidad de una cultura que en cuestión sexual tenía muy poco que ver con la que impera en nuestro tiempo.

Carmen Guiral Pelegrín
UNED

S. Martin-Kilcher, *Die römischen Amphoren aus Augst und Kaiseraugst*. Augst, Forschungen in Augst 7,2 y 7,3, 1994, 316-795 pp., 258 láms. y 4 addenda. ISBN: 3-7151-0107-5.

Estamos ante un libro realmente fundamental sobre las ánforas halladas en dos importantes yacimientos: Augst y Kaiseraugst, con un trabajo que nos atrevemos a calificar de exhaustivo del material hallado, que será sin duda imitado por los numerosos investigadores que hoy día se dedican al estudio de las ánforas romanas. Tema que hoy está de moda. Un equipo español, dirigido por el que suscribe esta reseña, lleva ya excavando 8 campañas en el Monte Testaccio de Roma, y está arrojando con las memorias de excavaciones una imponente masa de datos sobre las ánforas hispanas y en menor número africanas, cuyo conocimiento y estudio va a influir favorablemente en todos los trabajos de este tipo en Europa y en todo el Mediterráneo. El Testaccio es el único archivo fiscal que conocemos de todo el Imperio Romano y plantea importantes y novedosos problemas y soluciones para el conocimiento del comercio, del transporte, de la distribución del aceite, del control estatal, etc. Los dos volúmenes de S. Martin-Kilcher son una contribución, como muy bien puntualiza la autora, «ein Beitrag zur römischen Handels- und Kulturgeschichte». El subtítulo responde bien al contenido de los dos volúmenes. Los dos importantes yacimientos de Augst y Kaiseraugst han suministrado una gran

cantidad de ánforas, que sirven muy bien para rastrear el comercio hacia estas dos importantes ciudades del vino, del aceite y de los salazones. Posiblemente la intensidad de este comercio y su procedencia encuentran confirmación en otras grandes ciudades. La autora estudia primero la forma, el contenido, la procedencia y las fechas de las ánforas, para pasar a valorar los hallazgos, el transporte de alimentos en ánforas, los caminos de comercio, el comercio de distribución, las ánforas y su aportación a la historia cultural de Galia y de las provincias del Rin, y finalmente la determinación arqueológica y científica del barro de las ánforas de Augst y Kaiser-augst.

El solo enunciado de los capítulos, tratados de forma módica, indica claramente la importancia del estudio, que significa un gran avance en el conocimiento del comercio dentro del Imperio Romano y de su funcionamiento. El libro va bien ilustrado y el manejo de la bibliografía es exhaustivo. Cierran los dos volúmenes unas conclusiones.

José M. Blázquez
Universidad Complutense

B. Cunliffe, S. Keay (eds.), *Social Complexity and the Development of Towns in Iberia. From the Copper Age to the Second Century AD (Proceedings of the British Academy, 86)*, Oxford University Press, 1995, 476 pp. ISBN: 0-19-726157-4.

Desde el punto de vista editorial, es evidente que resulta mucho más comercial presentar una publicación con un título referente al contenido tratado que como el resultado de una determinada reunión, pues las ventajas de ésta podrían consistir en que se publicaran las discusiones y, por tanto, se hiciera así accesible al conocimiento de los no asistentes el contraste de pareceres que allí se hubiera producido. El presente volumen no ofrece las discusiones, si es que las hubo, por lo que, como actas del simposio sobre «Los orígenes de la urbanización en Iberia», viene a ser la sucesión de las intervenciones que tuvieron lugar en Londres en febrero de 1994, organizadas para mostrar los resultados de la colaboración de los arqueólogos ingleses en diversos terrenos de la arqueología peninsular.

Los organizadores pretenden unificar los estudios a partir de unos planteamientos teóricos determinados, que se exponen en los que podrían calificarse como estudios de conjunto. Barry Cunliffe (5-28) realiza una adecuación de sus teorías sobre la complejidad de las relaciones territoriales a la protohistoria de la península, a partir de la definición del mundo tartésico como periferia del imperio asirio, hasta llegar a la época inicial de la intervención romana. El factor geográfico adquiere en él un papel protagonista, lo que es indudable, salvo en el hecho de que lo que resulta verdaderamente importante desde el punto de vista histórico es estudiar cómo, a partir de las condiciones geográficas, se desarrolla la especificidad de cada formación social humana.

Por su parte, Simon Keay (291-337) se limita a trazar una historia de la intervención romana y de sus consecuencias, necesariamente superficial, con el hilo conductor de que toda transformación es debida al deseo de las minorías de imitar a los romanos, sin penetrar en lo que sería un modo realmente profundo de comprender las colectividades humanas, en el entramado de las relaciones en que no estuvieran presentes todos los sectores de la sociedad, aunque no se muestren en los edificios públicos, pues éstos existen, entre otras cosas, porque existen los sectores silenciosos integrantes de la comunidad. Dos aportaciones precisas, sobre la escasez de urbanismo, de J. S. Richardson (339-354), y sobre la importancia clave de la municipalización de Augusto, de M.H.

Crawford (421-430), completan la visión que se ofrece de la Hispania romana, evidentemente poco profunda o atenta a auténticas expresiones de la complejidad.

Entre los demás estudios, algunos plantean problemas generales relacionados con el título de la obra, como el de Robert Chapman (29-46), que trata de las dificultades para encontrar un concepto de urbanismo que pudiera ser aplicable a las edades del bronce y del cobre, para concluir que hasta 1200 sólo puede hablarse de formas de concentración poblacional relacionadas con la tecnología de los metales. M.^a Eugenia Aubet (47-65) ofrece una interpretación sintética, pero sin aludir la complejidad, de las transformaciones de los asentamientos fenicios en relación con su funcionalidad y sus relaciones externas, con los paralelos correspondientes en los asentamientos indígenas, lo que proporciona una imagen ilustrativa de lo que parece pretenderse en la organización del simposio, la formación de la ciudad dentro de la complejidad del desarrollo histórico. En cambio, la lúcida visión arqueológica de B. B. Shefton (127-155) no acaba de transformarse en una aportación significativa para tales objetivos. Por su parte, Martín Almagro-Gorbea (175-207) está demasiado preocupado con las identificaciones raciales de las poblaciones peninsulares como para poder atender a la complejidad social que se halla en la base de la formación de la ciudad. Son también estudios de conjunto los de Virgilio Hipólito Correia (237-262) y Armando Coelho Ferreira da Silva (263-289) en territorio portugués.

Otros, en cambio, se limitan a dar una información más o menos interpretativa de algunos yacimientos arqueológicos, como Hans Georg Niemeyer (67-88), que parece no compartir la tesis de Aubet, aunque, a pesar de tratarse de un coloquio, tal discrepancia no se expone abiertamente, con lo que da la impresión de que se trata de trabajos elaborados y expuestos independientemente, en los compartimentos estancos en que suele trabajar la investigación histórica, a pesar de la apariencia que puede ofrecer tanta celebración de reuniones. Arturo Ruiz (89-108), en cambio, aunque trata del yacimiento de Plaza de Armas de Puente Tablas, lo hace del modo que puede contribuir a la comprensión del desarrollo del fenómeno urbano en el conjunto del mundo ibérico. Lo mismo puede decirse del trabajo de Gonzalo Ruiz Zapatero y Jesús R. Álvarez-Sanchís (209-235) para el estudio de la meseta a partir de Las Cogotas. Con menos ambiciones, Pierre Moret y otros (109-125) intentan enmarcar el yacimiento de Santa Pola en el conjunto de la arqueología del sureste peninsular. Enric Sanmartí-Gregó (157-174) se dedica a estudiar cambios formales en Ampurias y a discutir la funcionalidad de una edificación concreta que poco tiene que ver con el título del libro. Xavier Dupré i Raventós (355-369) se limita prácticamente a reseñar los importantes trabajos del TED'A en Tarragona, con algunas consideraciones inspiradas en las teorías de Keay, igual que ocurre, naturalmente, en el estudio sobre Itálica, firmado por José Manuel Rodríguez Hidalgo y Simon Keay (395-402). También es un estudio fundamentalmente arqueológico el que realizan Victorino García Marcos y Julio M. Vidal Encinas sobre Astorga (371-394), con la ayuda marginal de otros datos no científicamente integrados.

Como una reunión de la Academia Británica, donde los arqueólogos ingleses ponen de relieve su misión en la península y sus buenas relaciones con algunos arqueólogos portugueses y españoles, cuyos resultados se reúnen en un número de sus *Proceedings*, la publicación tiene un indudable valor informativo, pues los estudios concretos están en general bien hechos. Lo mismo puede decirse de las síntesis globales, donde posiblemente se encuentre el mérito principal de la obra. Más difícil es admitir que constituya una aportación de valor sobre la «complejidad social y el desarrollo de las ciudades en Iberia».

Domingo Plácido
Universidad Complutense

P. Le Roux, *Romains d'Espagne. Cités et politique dans les provinces IIe siècle av. J.-C. - IIIe siècle ap. J.-C.*, Paris, Armand Colin, 1995, 182 pp. ISBN: 2-200-21593-2.

Resulta cuando menos sorprendente que, a pesar de la tradición que algunos temas de nuestra historia tienen entre los hispanistas franceses, se pueda presentar este nuevo libro de Le Roux como la primera «monographie en français» sobre la Hispania romana, al margen de las tesis universitarias realizadas. Quizá por ello el autor se apresura a calificar su estudio, no como un manual o una tesis, sino justamente como «un ensayo de carácter científico» (p. 5). Tampoco es superfluo, aunque resulte insólito, el uso del neologismo «Hispania togata» como subtítulo para un título, cuya traducción «literal» al español es, por lo menos desconcertante: «*Romanos de España*» juega deliberadamente al equívoco entre la referencia a «origen» o «estancia», a «hispanos fuera» o «romanos dentro», duda que tampoco despeja el *índice*, que bajo la voz «*Romains*» alude exclusivamente a indígenas romanizados o hispanorromanos, tal como se deduce del análisis de su nomenclatura (*ibid.*, p. 89). No obstante, como en otras ocasiones, Le Roux resuelve magistralmente esta dificultad mediante una adecuada selección de hechos y problemas significativos para la comprensión del tema, porque el verdadero reto es abordar una «historia de la España romana» en poco más de cien páginas de texto sin que, en apariencia, falten cosas y casos importantes. En vano se buscará aquí el tratamiento sistemático de las «grandes cuestiones» que jalonan la evolución histórica peninsular (explotación de los recursos, contribución al ejército romano, administración de las provincias hispánicas, entre otras), sino más bien aspectos puntuales e incluso meras referencias de pasada, necesarias para presentar una síntesis adecuada, pero sin abordar de forma pormenorizada el análisis de muchas otras cuestiones.

Parte el autor de la idea, probablemente ajustada, de que la pervivencia actual de los vestigios romanos en la península ibérica sobrepasa con mucho en número e importancia a las huellas dejadas aquí por otras culturas y civilizaciones, desde las comunidades neolíticas a los púnicos, pasando por los iberos, celtas y griegos (espec. p. 131).

Pero quizá la división más ostensible del libro y que, sin embargo, no está bien reflejada en el «índice de materias» sea la relativa a un triple estudio de «espacios» complementarios: 1) el territorio (e. geográfico-administrativo); 2) la comunidad cívica (e. sociopolítico); y 3) la *toga* y la *púrpura* (e. ideológico). Respecto a todo ello Le Roux expone su particular opinión que raramente coincide con las teorías tradicionales al respecto. Basten algunos ejemplos: si los «indígenas» no se mantuvieron voluntariamente al margen de la vida romana, tampoco los «romanos» forzaron el proceso de asimilación de las comunidades hispánicas al sistema romano de organización política y social; la organización romana del «espacio» peninsular no es debida a razones económicas o militares sino geográficas y administrativas (*vid. espec. p. 132*); en fin, la diversa realidad provincial (desde el punto de vista étnico, regional y cultural) no impide sino que, al contrario, permite la elaboración de un «cuadro político» unitario a través de la progresiva integración de los indígenas en la *civitas* romana (*vid. espec. pp. 79 ss.*). Naturalmente, aunque estas opiniones sean discutibles, no son en absoluto gratuitas, puesto que en un mundo tan complejo como el de la *Hispania romana* pueden fácilmente encontrarse casos y argumentos en uno y otro sentido. Le Roux percibe esta realidad como un conjunto de «estructuras, individuos y técnicas» (*ibid. p. 136*) en base a las que se configuran las «relaciones administrativas, sociales, económicas y políticas». Es en este contexto complejo de interrelaciones y niveles donde aparece la figura del *togatus*, definido como «ciu-

dadano romano, de origen itálico o provincial, integrado en el sistema de la ciudadanía imperial en los diferentes niveles de la jerarquía política y social de Roma» (*vid. p. 132*), cuya imagen ha quedado immortalizada en la espléndida talla en bronce del llamado «togado de Periate» (Granada). En opinión del autor, estos ciudadanos romanos son los únicos interlocutores válidos que Roma reconoce en el interior del imperio, bien actuando individualmente, bien como magistrados en representación de la comunidad; fueron también estos hispanorromanos (en realidad «indígenas romanizados») quienes durante siglos mantuvieron viva la idea de Roma no sólo en los ámbitos provinciales sino también en las comunidades locales, colonias, municipios y *civitates* aquí existentes. Finalmente, estos *cives Romani* constituyen la *civitas* o *res publica*, que en el caso de *Hispania* agrupa un máximo de una treintena de ciudades (*vid. p. 124*), colonias y municipios, cuyo destino no es otro que «el anonimato», salvo quizá las capitales de provincia y algunas otras. Afortunadamente de estas últimas conservamos algunos de los documentos legislativos más importantes del imperio romano, las conocidas *leges municipales* de la Bética, entre las que destaca por su amplitud e importancia la *lex Irnitana*, de época flavia, que ha permitido conocer muchos aspectos de la vida municipal peninsular, a la que Le Roux se refiere a menudo. No obstante, otras cuestiones importantes apenas han sido abordadas: el proceso de provincialización del territorio peninsular, la tardía romanización de algunas regiones, la formación de las grandes familias o élites (senatoriales, ecuestres o decurionales), la carrera política de los hispanos al servicio de la administración romana imperial, la explotación de los recursos peninsulares y, en fin, la aportación hispánica al legado político y cultural romano, problemas todos ellos que reclaman también una adecuada respuesta.

Una cronología sistemática, un glosario básico de términos y una bibliografía selectiva y actualizada cierran este apretado volumen, en el que uno puede encontrar muchas más sugerencias que teorías cerradas, en uno u otro sentido, quizá menos por el carácter de ensayo dado a este estudio cuanto porque el verdadero mensaje de Le Roux, una vez más, es que la *Hispania* romana, en cualquiera de sus períodos, sigue siendo un tema abierto a la investigación histórica, siempre que ésta se realice con rigor e imparcialidad, razones por las que este estudio será *point de repère* obligado para investigaciones más puntuales.

Gonzalo Bravo
Universidad Complutense

R. Plana Mallart, *La chora d'Emporion. Paysage et structures agraires dans le Nord-Est Catalan à la période pré-romaine*, Paris, Annales Littéraires de l'Université de Besançon, vol. 544 (Centre de Recherches d'Histoire Ancienne - Volume 137. Espaces et paysages 2), 1994, 228 pp. ISBN: 2-251-60544-4.

Ningún estudio sobre la colonización griega es fácil: con frecuencia resulta complicada la coordinación de las fuentes literarias antiguas y los datos proporcionados por la Arqueología. Por otro lado, las relaciones entre griegos e indígenas, aunque evidentes, presentan unos perfiles desdibujados. El asunto se complica aún más si el objeto de la investigación no es la estructura urbana de la colonia, ni el análisis de la documentación escrita referente a ella, sino su territorio, un objeto de estudio que necesariamente, como queda plasmado en esta monografía, obliga a integrar fuentes y datos diversos. La formación especializada de la autora en la metodología y técnicas de las investigaciones territoriales y su cono-

cimiento del Nordeste catalán, le permiten abordar seriamente este trabajo.

En el caso de Ampurias, más que el territorio en sentido global, ha sido su actividad productiva la que ha sido abordada en algunas ocasiones, pero siempre desde la óptica proporcionada por los autores antiguos, en especial Estrabón: el lino ampuritano o el esparto han sido objeto de elucidaciones diversas y se han intentado poner en relación con algunos elementos arqueológicos (los silos), en la línea de una Arqueología concebida como una forma de ratificar la literatura antigua.

Rosa Plana nos propone ahora un acercamiento distinto al problema de la colonización griega abordándolo desde la perspectiva de un estudio territorial que no busca la confirmación de las palabras de Estrabón, sino la coordinación de datos de diversa naturaleza que se revelan convergentes al adoptar una metodología adecuada.

Evidentemente, para entender la organización espacial ha sido necesario contar con los datos arqueológicos disponibles para el área ampuritana, tanto de la ciudad misma como de las instalaciones próximas. Aquí es donde la autora se enfrenta a uno de los problemas más graves: la desigualdad e imprecisión de los datos y la carencia de prospecciones sistemáticas. Sin duda la obtención de informaciones más precisas en este sentido (cronología, tamaño, funcionalidad, etc.) hará posible un análisis de la articulación del poblamiento, tanto en su diacronía como en sus relaciones espaciales.

Una de las aportaciones de la monografía es haber contemplado datos edafológicos, topográficos e hidrológicos no como un marco, sino desde un análisis histórico y dentro de la dinámica de paisajes en la que los procesos naturales (evolución de litorales y valles fluviales, cambios climáticos...) son indisociables de la intervención humana (fijación de áreas agrícolas, determinación de cultivos, aprovechamiento de zonas pantanosas...). Junto a todo ello, los datos paleobotánicos constituyen un segundo bloque de informaciones que han sido incorporadas en el momento de estudiar la dedicación y especialización agraria.

Sin duda uno de los logros más importantes en la investigación sobre la *chora* es haber dado el paso del análisis morfológico a la síntesis histórica. La detección de un catastro griego, con una metrología bien determinada, y el establecimiento de los límites es, evidentemente, significativa en sí misma pero sólo adquiere su auténtico valor cuando se considera no sólo como un espacio geometrizado, sino como un espacio de producción y convivencia, como «un marco eficaz de producción». La vocación comercial ampuritana sólo puede ser sostenida por la intensa actividad agrícola —sobre todo la producción de cereal— que suministra los productos de intercambio; así, la planificación, la racionalización y fijación de una *chora* adquiere un sentido nítido al convertirse en instrumento de diversificación, intensificación y especialización productiva.

La relación entre griegos e indígenas, tantas veces discutida a propósito del carácter doble de la *polis*, adquiere una nueva perspectiva al ser abordada desde el estudio de la *chora* griega con poblamiento ibérico. Quedan numerosos temas abiertos cruciales en la investigación, pero podremos tener nuevos datos sobre las condiciones de explotación del trabajo, la propiedad de la tierra, los vínculos entre la actividad agraria y la comercial, la formación de una élite greco-indígena o sobre el grado de complejidad de la sociedad local —proceso sin duda agudizado por la convivencia y participación en actividades griegas—, siempre a condición de poder completar el importante vacío de la información arqueológica.

El hecho en sí de abordar un estudio territorial conlleva la necesidad de jugar con las distintas escalas. En el caso de Ampurias no sólo se trata del paso de la ciudad al territorio, sino de su comprensión en el conjunto del Nordeste peninsu-

lar (la relación con *Rhode* y con los *oppida* de la periferia de la *chora* ampuritana), y el marco del Mediterráneo y del proceso global de colonización griega. Globalmente, el trabajo de Rosa Plana transmite la impresión de una línea de trabajo cada vez menos titubeante y más prometedora, que permite expresar la complejidad, el dinamismo, la globalidad en la que las dos caras de Ampurias (la dinámica colonial y las repercusiones de la colonización en las comunidades indígenas) se entienden diacrónicamente e integradas en un paisaje con un territorio estructurado.

Almudena Orejas

Universidad Alfonso X el Sabio. Madrid

O. Olesti Vila, *El territori del Maresme en època republicana (s. III - I a.C.). Estudi d'Arqueomorfologia i Història*, Mataró, Caixa d'Estalvis Laietana, 1995, 513 pp., 38 mapas, 28 figs. ISBN: 84-920015-2-6.

El Maresme es un área que podemos considerar privilegiada por la atención que diversos historiadores y arqueólogos le han prestado. En el Maresme coinciden estudios, prospecciones y excavaciones recientes, proporcionando un volumen de información (recogida al final del libro y correctamente cartografiada) que hace posible abordar una visión global, sintética, imprescindible para acometer un análisis territorial. Conviene destacar las excavaciones en el *oppidum* de Burriac/*Iluro*, en *Iluro*, los trabajos de Marta Prevosti y del mismo Oriol Olesti. Inevitablemente, sin embargo, muchos de los datos arqueológicos son inseguros y siempre dejan un margen de error en el momento de tratar de establecer la secuencia del poblamiento de una manera precisa, la filiación indígena o romana de algunos yacimientos republicanos o la interpretación de instalaciones como alfares o áreas de almacenaje (silos y campos de silos).

Este estudio, elaborado por Oriol Olesti como tesis doctoral, presenta un punto de partida no sólo interesante sino imprescindible para sus objetivos: la diacronía. Así su investigación se prolonga desde el Ibérico Pleno hasta la época augustea, momento en el que se detectan notables alteraciones. Su marco espacial, el Maresme, es lógicamente discutible, y el mismo autor insiste en el problema de fijar unas fronteras (como el caso del límite entre los territorios de *Iluro* y *Baetulo*) que puedan corresponder a las establecidas en la Antigüedad.

Evidentemente la documentación literaria antigua y la epigrafía de la zona (pese a la ausencia de inscripciones republicanas) han sido tenidas en cuenta e incorporadas en la interpretación global de los datos. También la numismática, a través del análisis de la moneda que circuló en la zona —estudio que realmente está por hacer— y de las series acuñadas en *Iluro*, permite seguir un aspecto muy significativo de la intervención romana y de la fiscalidad.

El eje del trabajo es la consideración de los estudios territoriales como una vía para conocer en profundidad las formas y ritmos de integración de las poblaciones indígenas bajo dominio romano y los mecanismos puestos en marcha por los itálicos: el aprovechamiento inicial de la infraestructura y la red de poblamiento —que poco a poco se va diluyendo—, la “captación” de élites locales —muy relacionada con la difusión de las clientelas— y el establecimiento de un catastro. Los puntos de interés y los enfoques adoptados para su análisis se pueden resumir en:

— evolución de la malla de poblamiento indígena, partiendo de la estructura ibérica y evaluando los abandonos (de campos de silos y de *oppida*) y las condiciones y morfología de las nuevas instalaciones muy relacionadas con una nueva tendencia económica. Las alteraciones —ligadas directamente a la intervención de Roma— son progresivas y continuas,

con una clara aceleración a partir de la mitad del siglo II a.C. y a lo largo de la primera mitad del I a.C. (los datos procedentes de Burriac son aquí esenciales);

— el papel de la fundación de un centro urbano dotado de estatuto privilegiado, *Iluro*. El tema de su condición jurídica, su evolución y significado es objeto de interesantes comentarios. La creación de *Iluro* se interpreta como materialización de un segundo momento de control que prescinde ya claramente de la organización indígena, hecho puesto de manifiesto en la decadencia y abandono de Burriac y otros centros innecesarios en la nueva estrategia de ocupación y explotación del territorio;

— la red viaria y su evolución desde la fase ibérica y durante el período republicano, respondiendo a las nuevas exigencias nacidas de una nueva distribución del poblamiento que coloniza nuevos terrenos, áreas más bajas y próximas a la costa y que precisa una comunicación longitudinal (*Via Augusta*), paralela a la costa y ejes transversales que unan a los cordones litorales;

— la evolución de la producción en la región y el cambio en las relaciones productivas (incorporación del cultivo de vid, alteraciones en la producción y almacenamiento del cereal) y multiplicación de centros de fabricación de ánforas vinarias, la integración en nuevos marcos administrativos y la imposición de un catastro que supone un control fiscal y demográfico.

El capítulo dedicado al catastro merece un comentario. Si la comarca cuenta con la ventaja de una documentación arqueológica rica, la otra cara de la moneda es que se trata de una zona fuertemente alterada en las últimas décadas, hecho que dificulta considerablemente el estudio de la morfología del paisaje y la detección de trazas antiguas. Sin duda es uno de los rasgos que dificulta de forma notable la interpretación de las escasas trazas localizadas en el Maresme, trazas que, por otro lado, coinciden con la orientación natural de la comarca (perpendiculares a la línea de costa), y son insuficientes para evaluar el módulo. Tampoco la distribución de yacimientos, en relación a la trama catastral, tiene una significación muy elevada. Es evidente que los datos permiten proponer la hipótesis de una *limitatio* que, a partir de la segunda mitad del siglo II a.C., materializase la imposición de un catastro no para instalar a colonos itálicos, sino, mayoritariamente, a poblaciones locales, pero no autorizan, por el momento, a afirmar su existencia.

El estudio del territorio exige ir integrando otras informaciones que, si bien con frecuencia no tienen el peso de la actividad agraria, no dejan de ser importantes en la distribución del poblamiento y en la vocación o especialización de ciertos poblados, vías, etc.: se trata, por ejemplo del papel de la ganadería, o de la minería y la metalurgia, apenas mencionados en el caso del Maresme.

La visión global del trabajo nos lleva a comprobar la imposibilidad —que se constata en otros estudios de similar enfoque—, de emprender estudios lineales y la necesidad de tener en cuenta perduraciones y cambios, de evaluar el peso de las innovaciones (demográficas, productivas, estructura de poblamiento...) y las diferencias espaciales y temporales. Los análisis regionales en diferentes áreas peninsulares se pueden convertir en puntos de referencia para una nueva visión de la romanización en la Península y la recepción por parte de los grupos indígenas. Estos trabajos nos están haciendo ver que, en muchos casos, no es posible afirmar que la presencia romana sea más intensa en unas áreas que en otras, sino que hay zonas más y mejor trabajadas, y en ellas percibimos mejor los procesos de redistribución de la población, intensificación, diversificación y un cierto grado de especialización en la producción.

El autor habla, en resumen, de un “modelo de romanización” determinado por las relaciones establecidas entre Roma y los indígenas y las distintas fases que llevan a la descomposición de las estructuras de poder, sociales y eco-

nómicas de la sociedad ibérica de esta zona de Nordeste, que se pueden leer en la evolución del territorio del Maresme.

Almudena Orejas Saco del Valle
Universidad Alfonso X el Sabio. Madrid

M. Mariné (coord.), *Historia de Ávila, I. Prehistoria e Historia Antigua*. Ávila (Institución Gran Duque de Alba de la Excm. Diputación de Ávila. Caja de Ahorros de Ávila), 1995, 386 pp. 128 figs. ISBN: 84-86930-55-3.

De reciente aparición es este primer tomo de la colección sobre la historia de la provincia de Ávila que programada en varios volúmenes y bajo la coordinación general de Eloy Benito Ruano ha editado la Institución Gran Duque de Alba de la Excelentísima Diputación de Ávila. La obra objeto de esta reseña, único volumen que ha visto la luz de este proyecto, constituye una completa síntesis acerca de la Prehistoria y la Historia Antigua abulenses. Con una autoría plural coordinada por María Mariné, el trabajo se nos presenta estructurado en siete bloques fundamentales, precedidos por un lógico cuerpo preliminar (presentación, prólogo e introducción) y clausurado con un índice doble, onomástico y toponímico, que redondea el contenido del volumen.

En un primer apartado (pp. XXXI-LXXII), Ángel Barrios presenta una rápida revisión de la literatura historiográfica provincial. La exposición y valoración de los distintos enfoques dados a la historia, los hitos, los grandes personajes y la vida de los abulenses en general se completa con un siempre útil listado bibliográfico ordenado cronológicamente (desde 1256 hasta 1994, con alrededor de 400 títulos). En buena lógica, a tenor de lo que viene siendo habitual en obras genéricas como ésta, el lector espera toparse con un capítulo dedicado al medio geográfico del escenario histórico. Y sorprende en este propósito la ausencia del mismo, relegado tal y como se nos dice (p. XXVI) a los vol. II y III, dedicados a la época medieval y de futura publicación. Se echa en falta el estudio del marco físico y no es fácil comprender las razones que llevan a retrasar su tratamiento hasta un momento posterior, cuando el entorno geográfico es precisamente un factor consustancial, si bien variable también, al desarrollo histórico —remoto y reciente—; y esto se acusa si cabe aún más en regiones como Ávila, donde un relieve tan peculiar (cadena montañosa del Sistema Central, valles intermedios, planicies...) condiciona sobremanera la ocupación humana asentada sobre el mismo.

Manuel Santonja es el autor del capítulo dedicado al Paleolítico (pp. 3-20). La escasez de conocimiento científico de esta época en Ávila determina una panorámica ligera, en la que destacan yacimientos como Narros del Castillo, del período Achelense dentro del Paleolítico Medio, con importante industria lítica, o La Dehesa, junto al Cerro del Berrueco en espacio administrativo ya de la provincia de Salamanca, para la fase del Paleolítico Superior. La redacción del extenso tiempo que va desde el Neolítico al final de la Edad del Bronce es obra de Germán Delibes de Castro. Este capítulo (pp. 23-90) recoge una secuencia de contenido mucho más explotable, como queda indicado en la realidad que brindan los estudios de, por ejemplo, el hábitat neolítico al aire libre de La Peña del Bardal de Diego Álvaro o el estadio calcolítico, con la manifestación ya de numerosos poblados y la aparición de la metalurgia. El fenómeno megalítico y en él el estudio de ritos fúnebres, como el documentado en el sepulcro dolménico de Bernuy Salinero, del que existe una reciente publicación que sin duda no ha podido ser consultada por Delibes para la redacción de estas páginas (J. F. Fabián García, *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta*

Norte, Salamanca, 1995), anuncian un lento despertar de la prehistoria abulense que se activa con los estudios más numerosos del horizonte campaniforme. Aquí, yacimientos como Pajares de Adaja, Aldeagordillo o Valdepeñas, testimonian, en un lenguaje funerario, la tendencia hacia la jerarquización social que se empieza a vislumbrar con la distinción de un grupo de minorías de poder reconocido arqueológicamente en piezas tenidas por insignias de prestigio, como el hacha-martillo perforado de Solosancho, a cuyo análisis se dedican unas páginas. Notables son también las expectativas que esta provincia despierta para la Edad del Bronce, con una sucesión de facies desde el Castillo de Cardeñosa, con *exclusivos* niveles de un Bronce Antiguo anterior a Cogotas I, pasando por la fase transicional de Proto-Cogotas I, bien representada en Mingorría, además de en otras estaciones abulenses, y por último Cogotas I —Pleno—, definido en el epónimo yacimiento de Cardeñosa e igualmente registrado en Sanchorreja y el Cerro del Berruoco (Cancho Enamorado), puntos emblemáticos para el estudio de la Prehistoria Final de la meseta norte. La metalurgia del bronce, la economía agropecuaria, las transiciones del Bronce al Hierro, y la importancia de los contactos con el sur, son otros de los aspectos más destacados que completan este capítulo, perfectamente hilvanado por Delibes. Antes de abordar el estudio de la Edad del Hierro, tan significativa en la provincia abulense, se introduce un breve apartado dedicado a la pintura rupestre pospaleolítica (pp. 93-102, firmado también por Delibes), que tiene en los abrigos serranos de Mingubela de Ojos Albos y El Risco de las Zorreras, junto al Raso, las manifestaciones más notorias de esta plástica.

En más de 150 páginas, Fernando Fernández Gómez afronta el tratamiento del Ier milenio a.C. Es el bloque más espaciado y ello resulta lógico si consideramos que se trata de la época mejor estudiada y probablemente más representativa del pasado abulense. Es cabal la presentación de los grandes yacimientos del momento (Sanchorreja, Cerro del Berruoco, Las Cogotas, Mesa de Miranda, Ulaca, El Raso, excavado por el autor de estas páginas, aspecto éste que no pasa desapercibido), ilustrativa la caracterización cultural (urbanismo, toponimia, demografía, costumbres, organización sociopolítica, economía, religión, plástica zoomorfa de los verracos...) y ordenado el estudio de los materiales arqueológicos, cuya lectura es amasada por Fernández Gómez para integrarla como secuencia cultural superpuesta a la sucesión de datos ya señaladamente históricos para los episodios finales de este tránsito protohistórico. Más matizable me resultan algunos aspectos puntuales, como la visión un tanto filocelta (cerrada, clásica y deudora de viejos postulados invasoristas que no acaban de ser enterrados) de la formación del pueblo vetón (pp. 109-113), y dentro de esto el ascendente *eburón* de la etnicidad vetona (pp. 111, 173-174, 221...), la pervivencia retardataria de Cogotas I hasta casi el s. VI a.C. sin tomar en cuenta las recientes teorías de González-Tablas, del que sí se sirve para otras cuestiones, en relación al horizonte Sanchorreja II de la Primera Edad del Hierro, u otras ideas adicionales como el origen de la espada de frontón que Fernández Gómez deriva de Centroeuropa (p. 200), cuando hoy trabajos como los de F. Quesada o A. Llorrio demuestran que obedece a un prototipo más bien mediterráneo, como ya había sugerido E. Cabré. En cualquier caso la síntesis es meritoria en conjunto y excelente en algunos puntos, sugerentemente tratados en mi opinión, como las relaciones culturales y comerciales de esta región meseteña occidental con otros pueblos peninsulares (pp. 233-237), vía que considero esencial para entender el desarrollo de estas gentes vetonas y su tendencia hacia una complejidad socio-económica cada vez más acusada.

La época romana es un tiempo poco matizado en la provincia de Ávila, del que no se han producido muchos avances desde el estudio ya tradicional de E. Rodríguez Almeida (*Ávila romana. Notas para la arqueología, la topografía y la epigrafía romanas de la ciudad y su territorio*, Ávila, 1981).

María Mariné es la encargada de compilar las fuentes de información que poseemos de este período para ofrecer un esbozo de su historia (pp. 273-327). Merecen especial atención, a ojos de la autora, el tratamiento de las vías de comunicación locales y su integración en la red viaria romana (pp. 290-297), los restos clásicos de la capital (reutilizaciones en la muralla, epígrafes, *terra sigillata*), los monumentos funerarios singulares y locales representados por los verracos altoimperiales, la economía agrícola de algunas *villae* de los valles del Adaja y Zapardiel —si bien no muy bien documentadas—, o la cristianización de Ávila, tradicionalmente atribuida a San Segundo, uno de los Siete Varones Apostólicos que inauguraría la diócesis abulense en el s. I, cuando en realidad comunidades cristianas claramente establecidas no se documentan hasta el s. IV. Pero adolece el texto de opiniones sobre temas que están siendo debatidos en los últimos tiempos, como es el caso de la identificación de la *Obila* ptolemaica con Ávila (asumida por Mariné), o la inclusión plena de las tierras de la actual provincia abulense, conformadoras de parte de la antigua *Vettonia*, en la provincia lusitana y diócesis emeritense —y no en la citerior y cartaginense, respectivamente, como se creía a partir de una noticia de Plinio— dentro del esquema administrativo romano (al respecto, R. Hernando, "La integración del territorio oriental de los Vettones en el marco administrativo-provincial romano", *Hispania Antiqua*, 19, 1995, pp. 77-93). El último capítulo se centra en la época visigoda y es debido a Luis Javier Balmaseda (pp. 331-365). Otra vez son escasas las fuentes y pocos los yacimientos arqueológicos (núcleos rurales como La Cabeza de Navalsangil de Solosancho o Diego Álvaro, necrópolis como la de Diego Álvaro o la de Valdesanmartín del Tiemblo). Más provechoso es el estudio de las conocidas pizarras visigodas de Diego Álvaro, al occidente de la provincia, similares a las recuperadas en Lerilla (Salamanca). El registro documental da pie a una serie de conclusiones sobre el modo de vida, la agricultura, la ganadería, la organización social, la antroponimia y toponimia del visigotismo abulense más en conexión con el salmantino-cacereño (resucitando acaso la antigua entidad étnica vetona), que con el núcleo de Toledo y Segovia. Un espacio final se dedica a la iglesia y a la religión, con la inserción del episcopologio abulense de la época goda.

Todos los capítulos incluyen un listado bibliográfico al final, organizado en subunidades temáticas, ciertamente cumplido para la finalidad esencialmente divulgativa y didáctica de la obra. Asimismo presentan una introducción contextual de la época de análisis en un marco definidor culturalmente (a destacar, por ejemplo, los dedicados al proceso de neolitización peninsular, la introducción de la metalurgia en la meseta norte, las vías interpretativas del fenómeno campaniforme, el ambiente cultural del Ier milenio a.C., el proceso de conquista militar romana, o la penetración visigoda) y dentro del espacio global peninsular y europeo, según los casos. Son estos algunos de los aspectos que caracterizan esta valiosa obra, inmersa en un ambicioso proyecto de historia provincial. Constituye, efectivamente, una tendencia actual de la política autonómica la potenciación de historias regionales más o menos amplias, actividad que en Castilla y León no es precisamente parca (por ejemplo, J. Valdeón, dir., *Historia de Castilla y León*, Valladolid, 1985-86, 10 volúmenes; o la recientemente aparecida, A. García Simón, ed., *Historia de una cultura. Castilla y León en la Historia de España*, Valladolid, 1995). La apreciación positiva de esta Historia de Ávila crece aun más al valorarse dos nuevos factores: 1) una buena coordinación, en general, entre grandes apartados temáticos, con un hilo argumental progresivo, eslabonado y actualizado; y 2) el que se haya difundido la obra en una edición de alta calidad, puesta de manifiesto en recursos como las numerosas fotografías en color que se recogen. Por todo ello debemos felicitarlos ante la posibilidad de disponer de obras como ésta. Sin embargo una apostilla negativa me ronda tras haber leído el

volumen: el peligro que puede conllevar el exceso de localismo de las historias provinciales, con un enfoque sesgado, en detrimento de una historia más comparativa e integrada en un espacio geográfico y cultural más laxo. Aunque es moderado en esta obra, sí citaré un ejemplo concreto, como es el representado por el yacimiento del Cerro del Berrueco, en el límite provincial entre Salamanca y Ávila, que a pesar de ser un conjunto unitario compuesto por varios poblados con ocupación desde la Edad del Bronce al Hierro II, es tratado bajo la pauta rectora administrativa y no desde el punto de vista cultural, pues sólo se ilustran aspectos de los poblados ubicados en tierras de Ávila (parcialmente Cancho Enamorado y Las Paredejas), obviándose las referencias a los salmantinos (La Marisella y Los Tejares).

Eduardo Sánchez Moreno
Universidad Autónoma de Madrid

Forum Augustum. Modelo y reflejo en Augusta Emerita. Museo Nacional de Arte Romano. Mérida, 19 de abril de 1996.

Los hallazgos efectuados en el Foro municipal emeritense, en el que se han recuperado tanto estructuras arquitectónicas como programas decorativos, han puesto de relieve que la *Colonia Augusta Emerita* tomó su modelo del *Forum Augustum* de Roma.

El Museo Nacional de Arte Romano y la Consejería de Cultura y Patrimonio han promovido e impulsado una serie de investigaciones sobre los materiales del área forense. Tanto las piezas de fondo antiguo como las recientes de las sucesivas campañas de excavaciones, tuteladas desde el Museo y en buena parte inéditas, han dado como resultado un panorama de alto interés científico, en el que se está trabajando en la actualidad en estrecha colaboración con los especialistas.

En la idea de propiciar el papel de Centro investigador que el Museo desea consolidar día a día, se programó esta densa Jornada de Encuentro para dar a conocer los trabajos más actuales. Gracias a la participación inestimable del Dr. Trillmich contamos con la presencia de la Dra. Ungaro, miembro del equipo investigador tutelado en el Comune di Roma por la figura del Prof. Dr. Eugenio La Rocca. La apertura de una vía directa de comunicación con la Metrópolis abre un futuro que esperamos sea prometedor.

Las intervenciones se estructuraron en el siguiente orden: La Dra. Lucrezia Ungaro, arqueóloga del Comune di Roma y responsable de los complejos del Foro de Augusto y Trajano, pronunció la conferencia «El Foro de Augusto en Roma: materiales y perspectivas de estudio». Los problemas de interpretación en torno a este denso complejo, aún sin tratar de un modo completo y sistemático, se centran en la resolución de cuestiones de índole topográfica y arquitectónico-escultórica. La investigación actual ha iniciado un laborioso proceso de documentación de las actuaciones arqueológicas e intervenciones sucesivas, lo que unido a las investigaciones actuales ha dado como resultado un panorama cada día más completo. Los problemas constructivos de pórticos y exedras, las novedosas observaciones en el Templo de Mars Ultor y la complejidad interpretativa de los elementos del programa iconográfico forman un denso tejido interpretativo, que el equipo del Comune di Roma concluirá en un futuro, sin dudar de brillantes resultados.

A continuación del atractivo panorama del *Forum Augustum* de Roma, el Dr. Trillmich disertó sobre «La decoración estatutaria del *Forum Augustum* y su programa, ilustrada por los hallazgos de Mérida». Cabe reseñar que son las recientes investigaciones de W. Trillmich en el conjunto emeritense las que han puesto cierta luz no sólo sobre el complejo colonial lusitano, sino también sobre los grupos del propio foro me-

tropolitano. Utilizando los materiales emeritenses, Trillmich desglosa tres grupos en el Foro emeritense: los denominados *Viri Illustres* que identifica en los togados del área, los personajes míticos como los reyes de Alba Longa —que asocia a una cabeza masculina barbada y la estatua marcada en el plinto con el grafito «Agrippa», entre otros—, o el colosal grupo de Eneas que recompone gracias a sendos fragmentos escultóricos de excavaciones y a la incorporación de la «Diana cazadora» de la Colección Monsalud, hoy en el M.A.N.; la localización de un fragmento de la placa epigráfica del grupo por el Dr. de la Barrera viene a confirmar esta interpretación.

La tercera intervención, «La lujuria decorativa del llamado Pórtico del Foro de Mérida» por el Dr. de la Barrera, pasó revista a los materiales arquitectónicos del Foro, objeto de sus investigaciones más recientes. La detenida disección de estos elementos arquitectónicos llevada a cabo por De la Barrera no viene sino a refrendar la idea expuesta en las fases del desarrollo colonial. Gracias a los conocimientos actuales, tanto en edilicia como arquitectura, es posible trazar una línea neta entre la *consuetudo Italica* de los primeros momentos de la Colonia y el período que sigue a su ascensión al rango capitalino, que trae como consecuencia importantes cambios constructivos y la transformación de la fisonomía interna y externa de ésta y otras áreas públicas, donde el mármol toma un papel protagonista en la imagen urbana.

Como último punto de reflexión se analizó por nuestra parte «Un grupo imperial del Foro emeritense». Son tres obras, dos de excavaciones en el Templo y una de hallazgo fortuito en el pasado siglo en zona vecina, las que se relacionan con el espacio más antiguo del Foro, el área del Templo de Diana. Este espacio religioso ha sido repetidamente conectado al culto imperial en *Augusta Emerita*, aunque se discutiera esta afirmación. La tipología de las estatuas, dos fragmentos de torsos imperiales colosales de tipo Júpiter sedente y una figura femenina de tipo Koré praxitelica, de las que se pueden citar los paralelos de *Caere*, *Leptis Magna*, *Velleia* o *Turris Libyssonis*, apuntan a establecer una relación palpable entre el Templo y su entorno con los repertorios de imágenes del culto imperial, en el que estos grupos dinásticos jugaban un papel iconográfico insustituible, que se refuerza tras la muerte del *Princeps*.

Tras las intervenciones se estableció un coloquio e interesante debate sobre los asuntos planteados. Idea común es la necesidad de trabajar en estrecho contacto entre los diversos centros, la conveniencia de realizar este tipo de encuentros para propiciar la puesta en común de los trabajos de personas e instituciones involucradas en el análisis de proyectos públicos que marcaron el desarrollo no sólo espacial sino también ideológico y conceptual de la creación romana.

Trinidad Nogales Basarrate
Museo Nacional de Arte Romano. Mérida

I. Morand, *Idéologie, culture et spiritualité chez les propriétaires ruraux de l'Hispanie romaine*, Paris, De Boccard, 1994, 426 pp., 27 figs. y XVI láms. ISBN: 2-7018-0087-0.

Este libro llena un vacío grande en el conocimiento de la Hispania antigua, hasta ahora poco trabajado entre los que nos dedicamos al estudio de la Hispania antigua, cual es el de la ideología, cultura y espiritualidad de los grandes latifundistas. El hispanista J. Fontaine («Valeurs antiques et valeurs chrétiennes dans la spiritualité des grands propriétaires terriens à la fin du IV^e siècle occidental») y «Société et culture chrétiennes sur l'aire circumpyrénéenne au siècle de Théodose», en *Études sur la poésie latine tardive d'Ausone à Prudence*, París 1980, 241-265, 267-308) había tratado el tema basa-

do en fuentes literarias. Nosotros con algunas de mis colaboradoras habíamos estudiado algún aspecto monográfico, cual era el de la mitología en los mosaicos hispanos-romanos (AEspA 59, 1986, 101-162. Republicado en J. M. Blázquez, *Mosaicos romanos de España*, Madrid 1993, 107 ss., 386 ss.), siguiendo un ya viejo trabajo de A. Balil y llegando a sus mismas conclusiones, que el conocimiento mitológico en Hispania fue grande, y algunas escenas mitológicas representadas o son raras en mosaicos o son desconocidas. Faltaba una obra de conjunto, que es el vacío que llena el libro de I. Morand. A. Blanco siempre defendió que las composiciones de los mosaicos eran meramente decorativas. Nosotros hemos sostenido que los temas han sido elegidos no por los musivarios, sino por los *possessores* de las villas y dueños de las casas; de aquí la importancia de los pavimentos para rastrear no sólo la cultura mitológica, sino la ideología y espiritualidad. Sea, pues, bien venido el estudio de esta autora. No se estudian todos los mosaicos, sino los que I. Morand considera más significativos para el contenido del libro, agrupados por su ideología, lo que ya es un gran acierto, que se divide en cinco grandes capítulos. El primero es de capital importancia, la idea de victoria, representada en los pavimentos de caza, tan numerosos en Hispania. Este tema ya fue tratado en 1990 y republicado por nosotros (J. M. Blázquez, *Mosaicos romanos de España*, 245 ss.), artículo que no lo vemos citado en la bibliografía. Las conclusiones a que llega son muy acertadas. Se imitaba al emperador, y la caza era un ideal aristocrático. El segundo capítulo, dedicado al orden del mundo, creemos es fundamental para conocer bien la ideología de los propietarios, partiendo de los esquemas geométricos. Este capítulo es muy completo y de gran novedad. Más dificultad encontramos en defender la idea de la victoria sobre la muerte en los mosaicos; sin embargo, no descartamos que ello sea cierto.

El material hispano del tercer capítulo, la felicidad, es abundante entre los pavimentos, principalmente referentes a Baco vencedor. Estamos de acuerdo con la autora en la elección de la iconografía. El cuarto capítulo, consagrado al saber y la sabiduría, es un capítulo obligado, debido a los varios mosaicos hispanos con Musas. El último capítulo, el quinto, se dedica a la victoria sobre sí mismo, basado en pavimentos de Baco y las Jusas, de Orfeo, y de las Sirenas, de las que los pavimentos hispanos pueden ofrecer magníficos ejemplares.

En resumen, el presente libro es un excelente trabajo, que había que contar para conocer mejor que hasta ahora la ideología, cultura y espiritualidad de las clases ricas de la Hispania antigua, que no estaban aisladas del resto del Imperio, y que participaban de las mismas corrientes espirituales. De más valor por cuanto la literatura contemporánea sobre este tema es muy escasa.

José M. Blázquez
Universidad Complutense

J. Gómez Santa Cruz, *La Meseta Superior hispana durante la época Antonina (siglo II d.C.)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1993, 369 pp. ISBN: 84-7762-352-X.

La historia de la península ibérica en época romana va siendo poco a poco mejor conocida gracias también a estudios de ámbito como el presente, que se incluye claramente en una línea de investigación propiciada y practicada en la Universidad de Valladolid y los profesionales de la Antigüedad ligados directa o indirectamente a ella. No obstante, es preciso reconocer que la realización de este tipo de obras —a menudo temas de tesis doctorales— conlleva la dificultad añadida de sistematizar adecuadamente datos procedentes de fuentes de información diversas y, en consecuencia, de

desigual fiabilidad en la reconstrucción histórica de los hechos y, ante todo, de desigual significación histórica para comprender la evolución peninsular de época romana en general o la de algún área geográfica en particular, como es el caso.

En efecto, con la intención de profundizar en los muchos temas y problemas que aún plantea la organización de territorio y población de la *Hispania* romana, se han reducido a la vez el ámbito geográfico considerado y el período de estudio, centrándose la atención del autor en la aquí llamada «Meseta Superior» hispana (por la denominación geográfica tradicional de «Meseta Norte» peninsular) y en el período impropia- mente denominado «época Antonina» (en realidad, la segunda mitad del siglo II, aunque aquí se hace extensiva también al gobierno de los emperadores de origen hispánico). Después, el libro se ha dividido claramente en dos partes: la primera, referida a los aquí llamados «centros de gravitación» de la «Meseta Superior hispana» durante el siglo II d.C., en la que se describe con cierto detalle el estado de romanización de las zonas respectivas a partir de los vestigios arqueológicos y ante todo epigráficos existentes; la segunda, en la que se pretende enlazar sin demasiado éxito las dos vertientes de análisis básicas de la historia romana de época imperial: de un lado, la aquí llamada «historia interna» peninsular; de otro lado, la «política general de la época Antonina». Sin embargo, el resultado es muy diferente, a menos que se identifique la realización de un estudio de ámbitos (rural y urbano) y de la red viaria existente con las diversas políticas provinciales seguidas por los emperadores del siglo II, que en absoluto quedan reflejadas en ese enigmático y último capítulo denominado «transformaciones socioculturales e ideológicas» (cap. 4, pp. 231 ss.), en el que curiosamente se incluyen aspectos tan dispares y, en apariencia, difícilmente interrelacionados, como el sincretismo religioso imperial, la circulación monetaria meseteña y la propia producción cerámica de sigillata hispánica (en concreto, de T.S.H.). Pero uno puede preguntarse si el análisis, por ejemplo, de la concesión del *Latium maius/minus* adrianea a los hispanos, la incidencia de la presencia legionaria romana en esta área hispánica, la administración de la provincia *Hispania citerior* a la que pertenece o, simplemente, el estudio de los funcionarios imperiales, provinciales o locales conocidos en este ámbito, no serían necesarios en un estudio geográfico-histórico de estas características. Pero uno de los mayores méritos de la obra consiste precisamente en haber manejado con soltura una documentación difícil como es la referida a la red viaria de la submeseta peninsular, contrastando las informaciones y los datos no siempre coincidentes de Ptolomeo, los Itinerarios y los miliarios con el fin de identificar de forma precisa enclaves citados en estas fuentes, aunque todavía no localizados. Éste es el caso, entre otros, de dos topónimos (*Intercatia*, *Amallobriga*) mencionados en los *Itineraria* que aquí se identifican con Montealegre de Campos (*ibid.* p. 175) y Tiedra (*ibid.*, p. 176), respectivamente, aunque no se aportan nuevos datos ni argumentos que prueben la fiabilidad de tal localización, dado que la *Tessera Hospitium* (*sic*) de 134 no contiene ningún nuevo topónimo localizable con seguridad. En el estado actual de conocimientos sobre la zona, este tipo de aseveraciones no deberían quizá sobrepasar el nivel de hipótesis razonables para hacer justicia a la documentación disponible. Más probable parece la argumentada asociación de la *Sisaraca* (*vid.* p. 128, nt. 3) de Ptolomeo con la *Pisoraca* de los miliarios para identificarla como Herrera de Pisuerga (Palencia) (*ibid.* p. 176). Menos justificable son las numerosas erratas e inexactitudes formales que se han colado a pesar de una presumible revisión del texto, entre las que destacamos como más notorias las siguientes: faltas de concordancia como «Los Cluniensem» (p. 81) o «las Tessera Hospitium de Cauca, Asturica Termes» (p. 276), erratas e incorrecciones frecuentes tanto en castellano («fuestes» por fustes —p. 110—, «entorno a» por en torno a —p. 137—, «ordenación» por ordenamiento —p. 273—), como en terminología

latina («*municipium*» por *municipium* —p. 167—), o la omisión de la nota 11 del texto (en p. 148), que sí aparece incluida en su lugar correspondiente, en p. 156; en los autores citados en la Bibliografía habrá que corregir al menos «Cerillo» (p. 319) por Cerrillo, «Guadicci» (p. 323) por Guarducci, «Berghen» (p. 317) por Berchem, y también «Demougur» (p. 26) por Demougouin, «Hadmonn» (p. 25) por Hammond, «Etinne» (*ibidem*) por Etienne. Estas deficiencias formales, fácilmente subsanables, empobrecen un texto que, sin embargo, ha sido elaborado concienzudamente y, lo que es más importante, que es rico en datos y referencias. En este sentido, resulta particularmente útil el «Índice de nombres» que cierra el volumen (pp. 335 ss.), precedido de sendos *corpora* de miliarios (en total: 27), inscripciones (71) y monedas (100). Un capítulo que resulta también satisfactorio es el bibliográfico, por la abundancia de obras y trabajos citados, aunque referidos casi siempre a autores locales; faltan quizá algunos estudios de ámbito más general, pero asimismo importantes para comprender la interrelación entre la *Hispania* romana y la historia imperial del siglo II, de la que necesariamente forma parte, como J. M. Abascal-V. Espinosa, *La ciudad hispanorromana. Privilegio y poder*, Logroño, 1989; o M.^a P. González-Conde, *La guerra y la paz bajo Trajano y Adriano*, Madrid, 1991.

En definitiva, un libro, con todas sus virtudes y sus defectos, pero al que deberán volver quienes estén interesados en conocer con detalle los aspectos menudos de la historia del siglo II de un sector importante de nuestro ámbito peninsular.

Gonzalo Bravo
Universidad Complutense

Rafael Petit, *Nuestras monedas. Las cecas valencianas*. Prólogo de E. Llobregat. Valencia. Vicent García editores, S.A. 1981, 285 pp., 377 ilustraciones en color + 12 ampliaciones a toda pág. y numerosos mapas y cuadros epigráficos. ISBN: 84-85094-30-1.

El libro que nos ocupa es modélico en cuanto a difusión científica se refiere: espléndidamente ilustrado con reproducciones a color —básico en el caso monetar donde los distintos metales implican sistemas de valores diferentes—, y científicamente comentado —moneda por moneda— en página afrontada. Es de hecho un catálogo general de la moneda valenciana, precedido de una bibliografía y de un glosario de términos específicos, amén de otro epigráfico que ayudará a los estudiosos y coleccionistas a la lectura correcta de graffias varias: ibérica, latina, árabe y las a veces difíciles variantes visigoda, gótica, etc. Además, cada cultura y cada ceca o reinado están precedidos de un somero comentario erudito, haciendo del libro un fácil útil de trabajo. Respecto a las cecas ibéricas, en casos sin identificar, el A. ha cargado su pluma en adjudicar emisiones inciertas a su tierra y por ejemplo vemos como valenciana la ceca de *tabaniu* que el A., siguiendo cierta tradición local, identifica con Dianum, cuando en realidad debió estar en el Jalón o Teruel, *tamusia* que reduce con Gandía o Daimuz cuando hoy sabemos que está en Tamuja (Badajoz), o *ikalesken* (leída por él como *ikalkunsken*) que no sabemos dónde localizarla, pero posiblemente esté en la provincia de Albacete o Cuenca. Estas tentaciones son matizadas por el prólogo de Llobregat sobre «La moneda como documento histórico», espléndido repaso de la documentación, especialmente ibérica y visigoda, pero también almorávide o foral. El libro merece sin duda estar en las bibliotecas públicas por su digno equilibrio entre atractivo cultural y valor científico.

M^a Paz García-Bellido
C.E.H. (CSIC)

C. García de Castro Valdés. *Arqueología cristiana de la alta Edad Media en Asturias*. Real Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo, 1995, 786 pp., 449 fotografías, 95 figs. ISBN: 84-920049-4-0.

Acostumbrados a que la mayoría de los estudios consagrados a la cultura material del período de la monarquía astur se muevan por unos derroteros exclusivamente artísticos, el presente libro propone un acercamiento que quiere superar estos límites, implicando a otro tipo de producciones materiales. Esta amplitud de miras, que lleva al autor a tratar en un mismo plano analítico objetos en apariencia dispares —«artísticamente» hablando—, es propia de una visión arqueológica que no desdeña la información que pueda derivarse de cualquier producción material. También cabe destacar el marco temporal elegido (los siglos VIII al XI) y el haber incluido piezas anteriores, lo cual permite abstraerse a conceptos encorsetadores como «arte asturiano» y sus derivados, introduciendo un valor diacrónico en el que lo «asturiano» no es el punto de partida y llegada.

Tan halagüeñas perspectivas se refuerzan cuando leemos en el prólogo, escrito por Francisco J. Fortea —a la sazón director de la tesis que ha dado origen al libro—, que encontraremos a lo largo de la obra ejemplos de aplicación de métodos arqueológicos (lectura de paramentos) en el análisis de los edificios, algo hasta la fecha inédito en Asturias.

Sin embargo, cuando sopesamos el material arqueológico escogido por el autor y analizamos la forma en que es manejado el método arqueológico las expectativas de salida no encuentran plena satisfacción. En primer lugar los objetos de estudio, en su práctica totalidad, a excepción de algunas inscripciones, tienen que ver con los edificios, dejando fuera cualesquiera otras manifestaciones materiales. La ausencia por ejemplo de la cerámica —fósil director básico que comienza a ser conocido en Asturias—, unido a la falta de atención a espacios humanos y culturales más allá de las iglesias en sí mismas, parecen ser consecuencia del elemento aglutinador empleado por García de Castro: el cristianismo. La selección del material, al basarse en la presencia de la impronta religiosa en los objetos, indudablemente sirve para acotar y hacer más abordable un estudio que tal vez sería excesivo si no dejase nada fuera, pero puede ser engañosa. En segundo lugar defrauda la utilización de la lectura de paramentos ya que ésta se hace de forma muy puntual. Nunca se busca la consecución de secuencias estratigráficas más o menos completas con sus correspondientes relaciones estratigráficas entre los diferentes elementos. Valga de ejemplo el caso de Santullano y su supuesta tribuna. A un libro a tenor del material recogido, eminentemente arquitectónico, y su cariz arqueológico, se le podría haber exigido más profundidad en el empleo del método que le es propio. Sí en cambio es interesante observar ciertos apuntes cronotipológicos referidos a diferentes elementos como pies de altar, puertas, ventanas, etc.

Al margen de estas objeciones de tipo metodológico parecen cumplirse los objetivos que se marca el autor al comienzo de la obra: disponer de información actualizada de todos los restos materiales relacionados con el cristianismo altomedieval en Asturias —so pena de dejar fuera los que no presentan huellas doctrinales— y sintetizar en un estado de la cuestión cuanto la investigación precedente ha escrito sobre los mismos.

En el capítulo dedicado a la historiografía, García de Castro traza las líneas maestras de los diferentes enfoques que a lo largo de la investigación han presidido los estudios consagrados, principalmente, al Arte Asturiano, desgranando en cada uno de sus análisis concretos toda la literatura científica existente, lo que convierte a este libro en un auténtico «vademezum» que ahorrará en el futuro muchas horas de búsqueda bibliográfica. También es destacable la recopilación

ción y descripción de las memorias de intervención restauradora en los edificios asturianos.

Ya metidos en la lectura la materia es organizada en un gran bloque dividido en epigrafía y arquitectura. La ausencia de apartados dedicados a otras facetas de la producción artística tales como la joyería, metalistería o pintura es excusada desde el primer momento por el autor aduciendo limitaciones de tiempo, remitiéndonos a las obras clásicas que han tratado estos temas.

Es digno de resaltar el abandono por parte de García de Castro de formas rutinarias y apriorísticas a la hora de abordar el estudio de la arquitectura. Tradicionalmente la producción artística asturiana se presenta siguiendo un esquema organicista en el que el «estilo» va recorriendo un inexorable camino marcado por leyes propias de la biología: juventud, madurez y senectud. Cada una de estas etapas de la vida, que en términos artísticos equivalen a la formación, esplendor y decadencia del estilo, se corresponden con reinados de diferentes monarcas asturianos a los que se atribuye un lugar central y exclusivista en el impulso creativo, tomando como base principal de adscripción las crónicas de Alfonso III. La actual propuesta ordena y presenta los objetos según criterios tipológicos y no en etapas cronológicas preconcebidas, abogando por un acercamiento lo más exhaustivo posible a cada caso poniendo sobre la mesa toda la información existente, desde las fuentes históricas hasta la historiografía pasando por las memorias de restauración o excavación si las hubiese. Reunidos los datos y opiniones son contrastados en un proceso de decantación en el que se pretende ir eliminando los elementos contradictorios hasta llegar a una conclusión lo más objetiva posible. Este proceder tiene la virtud ya apuntada de no partir de ideas previas que en algunos edificios carecen de solidez, sobre todo en aquellos que por no estar mencionados en las crónicas han sido ubicados cronológicamente siguiendo criterios de familiaridad artística. El nuevo análisis al que son sometidos estos y otros edificios, al margen de que pueda ayudar a despejar las dudas, ha permitido a García de Castro plantear, allí donde las hubiera, una serie de incertidumbres que ponen en evidencia algunos de los problemas no resueltos por la teoría tradicional. Así, en su resumen de la periodización del estilo recogido en las conclusiones del libro, plantea una serie de hipótesis novedosas, como cuestionar la cronología «ramirense» de San Miguel de Lillo y que la actuación de Alfonso III en Valdediós se limitaría al pórtico meridional y a la decoración pictórica interior.

Es criticable no obstante el método de exposición, sobre todo en lo tocante al apartado gráfico, incómodo de manejar al estar desligado del texto correspondiente y al que se podrían haber sumado las planimetrías más recientes y precisas de los últimos años.

Por último el capítulo de conclusiones hubiera sido más correcto llamarlo de hipótesis y colocarlo al principio del libro, ya que dichas conclusiones siempre las vamos encontrando como punto de partida a lo largo de toda la obra. La idea central es la defensa de un continuismo a ultranza de las experiencias previas (romanas y visigodas) y considerar al mundo asturiano como un episodio más del llamado particularismo hispano que se fue retroalimentando a lo largo de varios cientos de años sin que otras influencias externas (occidentales-carolingias y orientales-islámicas) variasen significativamente su devenir. No se critica aquí la defensa de esta teoría sino el intentar hacerla pasar por conclusión objetiva y madurada tras un minucioso análisis del material disponible, ya que dichos análisis terminan siendo siempre estilísticos, no arqueológicos e históricos. En este contexto del paradigma continuista tiene sentido la intención de presentar una arqueología en Asturias desde época visigoda, con el fin de mostrar un substrato enraizado social, económica, política y artísticamente en lo subantiguo, en el que la creación y desarrollo del reino astur produjo una revitalización coyuntural. Curiosamente el material presentado que pertenece de forma fehaciente a los siglos visigodos se reduce a una inscripción. Desde el punto de vista arquitectónico no hay ni un solo edificio, y en plano de la escultura decorativa se especula con la pertenencia a esta fase de un escueto grupo de piezas. No quiero decir con esto que la ausencia de materiales niegue la existencia de una facies cultural en estas fechas en Asturias sino que a lo mejor esta realidad cultural ha de buscarse en otros lugares y bajo otros conceptos históricos. Llama la atención por ejemplo que se ignore por completo el yacimiento de Torrexón de Veranes, en el cual se detecta una diacronía a primera vista acorde con la postura continuista: una serie de edificios termaleos romanos pertenecientes a una villa que en época altomedieval, al menos uno de ellos, se transforma en iglesia.

En definitiva nos encontramos ante un libro que tiene como mayores méritos la compilación de la práctica totalidad de la información referida a una buena parte de la cultura material asturiana altomedieval y el no seguir caminos de análisis obsoletos. Por contra adolece de una utilización sesgada de los métodos arqueológicos y de que el objeto del estudio está mediatizado por los conceptos tradicionales asociados a lo «Asturiano» más que por una búsqueda de lo que sería una arqueología asturiana en términos más amplios. En consecuencia más parece éste un libro de Arte Asturiano que de Arqueología Asturiana, para la cual, todavía, no parece haber llegado su hora.

Fernando Arce Sainz
C.E.H. (CSIC)